

REVISTA PARA LA MUJER.



ESPAÑA

ABRIL.

1938.

PRECIO. DOS PTS



R. 3589

LA CERVECERA DEL NORTE S.A. LA VIZCAINA S.A.

Bilbao

2 BEBIDAS SANAS



MANANTIAL PROPIO

UTILIZADAS EN LOS HOSPITALES DE SANGRE

NO UTILICE AGUAS DUDOSAS

ORIO:VA:VAHNESTIGBEI:RDI:KHA:VY:YU:U
MUNICH TRINKA:RIER:DI:KHA:VY:YU:U
DORADA U:UJO:U
SAZENA:R:EH:U:O:R:EH:U

MARCA REGISTRADA



OMNIA

Sociedad Anónima Española.

COMPANÍA DE SEGUROS OFICIAL
DEL AUTOMOVIL CLUB DE ESPAÑA

Ramos que opera

Accidentes:

- PÓLIZAS COMBINADAS Y DE RESPON-
SABILIDAD CIVIL DE AUTOMÓVILES.

- INDIVIDUALES.

Incendios:

- MOBILIARIOS, CASAS, INDUSTRIAS, ETC.

Robo.

DELEGACIONES
EN TODAS LAS CAPITALS LIBERADAS

DIRECCIÓN GENERAL PROVISIONAL:
GARIBAY 18. - SAN SEBASTIAN.

CAFE-BAR "ONGI-ETORRI"

El más conocido en San Sebastián por su especialidad en Marietas, Mariscos y Ensaladillos.

*Vinos de Marcas especiales.
Servicio esmerado.*

PROPIETARIO:
D. MARTIN ROMAGUERA.
FUENTERRABIA 15. SAN SEBASTIAN.

TELEFONO 12051

NIRAUS

Coiffure Moderne

Paseo Salamanca, 8

Teléfono 1-00-31

SAN SEBASTIÁN

nemo

crema para el cutis

Un cutis claro como la nieve tendrá usando la Crema NEMO DE LOS LABORATORIOS «ENEIDA» Paseo Colón, número 8 entresuelo SAN SEBASTIAN

B. Dier

Camisería Inglesa

ARTÍCULOS DE NOVEDAD

19, Alameda, 19
Teléfono 10-0-30

SAN SEBASTIAN

ECHEPARE HERMANAS

modistas

Urbieta, 64, pral.-izqda.

Teléfono 1-45-59

SAN SEBASTIAN



SUMARIO

Número

Abril 1938

PÁGINA DEL TIEMPO PERDIDO • LA ÚLTIMA VEZ QUE VIA JOSÉ ANTONIO • ROMANCE QUE LLAMAN DEL CASAMIENTO DE JIMENA Y RODRIGO • ASÍ SALVÓ ITALIA DE LA GUERRA SUS MONUMENTOS DE ARTE • CULTURA FÍSICA, por Gimnasiarca • PÁGINA DE HUMOR, por Mihura • ISABEL CLARA EUGENIA, por el marqués de Torrehermosa • ¿QUIERES GANAR CIEN PESETAS? • INFLUENCIA MILITAR EN LA MODA FEMENINA, por el marqués de Lozoya • FLORICULTURA DE PRIMAVERA por Gabriel Bornás • ROMANCES JALIFANOS EN LA GUERRA DE ESPAÑA • LA CASA DEL FUHRER EN LOS ALPES BAVAROS • EL FUERO DEL TRABAJO Y LA MUJER, por el doctor Juan Bosch Martín • VIA-CRUCIS DEL SEÑOR POR TIERRAS DE ESPAÑA, por Manuel Augusto • HISTORIA DE LA SECCIÓN FEMENINA, por Pilar Primo de Rivera • INVITACIÓN AL VIAJE, por Agustín de Figueroa • PORMENOR DE LA CRÓNICA, por M. A. • PÁGINAS DE MODAS • LA OPERA, por Julio Valle • PÁGINAS INFANTILES • CASULLAS • LA CASA MUERTA, por Concha Espina • SALA DE LA ENFERMERA PROVISIONAL • SANTIFICACIÓN DE LA FIESTA EN LOS PROGRAMAS DE CULTURA FEMENINA, por Carmen Werner • RESEÑA CINEMATOGRAFICA • UNA EXPOSICIÓN DE GOYA EN PARÍS, por Mauricio L. Roberts • NOTICIA BIBLIOGRÁFICA, por C. M. R. T. • GRAFOLOGÍA, por Detilma • CONSULTORIO. • SIGNA LA PORTADA José Caballero.

Abril sacava huestes pora yr guerrear.
 Cavia alcaçeres grandes ya pora segar,
 Fazie meter las viñas pora vino levar.
 Creçer miesses e yervas, los días alongar.

(Anónimo del siglo XIII.)

PÁGINA del tiempo PERDIDO



Al surgir la guerra franco-alemana de 1870 y ponerse Napoleón III al frente de las tropas, dejó la Regencia en manos de la Emperatriz. En el último Consejo en que se recibió la noticia de la derrota de Sedan, Eugenia de Montijo demostró una entereza, una serenidad y un valor muy superiores a los de sus ministros. Por eso se dijo que en aquel Consejo no había habido más que un solo hombre: la Emperatriz.



Hay tratados de versificación en la Edad Media que dan idea de la más artificiosa rima. Un poeta flamenco-borgoñés del siglo XIV, escribió ocho versos que podían leerse, girarse y volverse de treinta y ocho maneras, cada una de las cuales hallaba significación y rima.



Cánovas del Castillo era un hombre muy galante, como saben cuantos le trataron. En los primeros años de la Restauración, una señora que le había pedido alguna credenciales, le dijo, al recordarle la última petición:

—Las señoras, siempre le estamos molestando con peticiones.

A lo que Cánovas, galante, contestó:

—A mí las señoras no me molestan cuando me piden, sino cuando me niegan.



En la Edad Media, las escuelas de Maestros Cantores en el sur de Alemania celebraban conciertos. El Jurado, para no impresionar, estaba oculto tras una cortina.

* * *

LA MUJER FUERTE

«¿Quién hallará una mujer fuerte? Es más preciosa que el oro que se trae de las entrañas de la tierra. El corazón de su marido pone en ella su confianza. Y no necesitará de despojos. Y le pagará con bien y no con mal todos los días de su vida. Pues buscó lana y lino, y trabajó con habilidad en la obra de sus manos. Es como el navío del mercader que trae de lejos su pan. Pues levantóse antes de amanecer y repartió a su familia la comida y su tarea a las criadas. Reconoció una heredad y la compró. Y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Ciñóse de fortaleza y fortificó su brazo. Probó y vió que era bueno su tráfico. Y su candela no se apagará de noche. Aplicó la rueca a su mano y sus dedos tomaron el huso. Abrió su corazón a los necesitados y extendió su brazo hacia el pobre. No temerá que molesten su casa los fríos ni la nieve porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras; lino finísimo y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentare entre los senadores de la tierra. Tejió lienzo y lo vendió. Y dió un óngulo al cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos y se reirá en el último día. Abrió su boca con sabiduría. Reconoció todos los rincones de su casa y no comió el pan de balde. Levantáronse sus hijos y publicaron que era bienaventurada. También su marido, y la elogió. Muchas mujeres han amontonado riquezas pero esta mujer aventajó a todas. Pues es engañoso el donaire. Y es vana la belleza. La mujer que teme a Dios, esa será alabada. Alábenla sus obras en presencia de los jueces.»

(Capítulo 31 de los Proverbios)

Un día que había abierto una carta dirigida a su mujer, Mark Twain escribió en el sobre: «Abierto por error para ver lo que había dentro.»



La condesa de C. A. poseía un gran ingenio, aunque no todos sus rasgos puedan ser reproducidos.

Una tarde fué a visitar a la condesa de T., que era también muy graciosa. La entraron al salón, donde había un piano de cola, y allí le dijeron después que su amiga no estaba en casa.

Mientras esperaba se fijó en la capa de polvo que cubría el piano, y escribió con el dedo: «Cochina».

A los pocos días se encontró a su amiga en la calle, y le dijo:

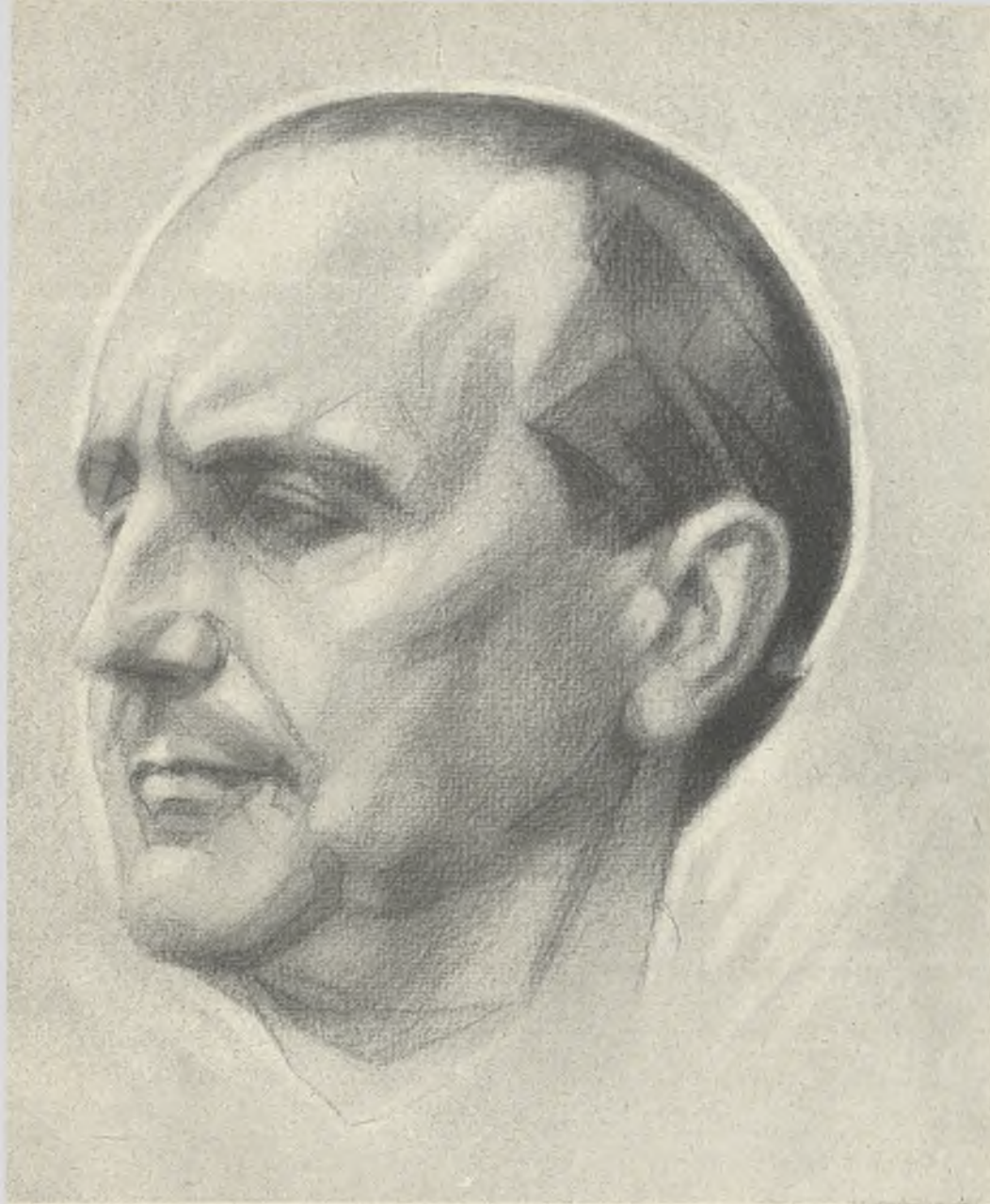
—Estuve hace poco a verte y no estabas.

—Sí—contestó la condesa de T.—ya vi sobre el piano tu tarjeta.



Decía Talleyrand refiriéndose a la intervención de la mujer en la política: «Yo, ante la mujer, sólo admito dos posiciones: o yo a sus pies, o ella en mis brazos; pero nunca yo en sus manos.»





(Dibujo de Crispín)

Raimundo Fernández-Cuesta, Secretario general de F. E. T. de las JONS y ministro de Agricultura en el Gobierno Nacional, recuerda para "Y" su última entrevista con José Antonio.

En el recuerdo predomina un aliciente sentimental; la vida en la Falange siempre tuvo preparado el fin con exacta conciencia del riesgo. Mas hoy prescindiremos de lo emotivo, que es consideración sobre el pasado, en gracia a ese otro rumbo que significa ciencia política de lo porvenir. Por eso preguntamos hoy: ¿Qué dirección había en aquellas últimas palabras del Jefe de Falange, al hombre, esencialmente político, de su Organización? ¿Cómo fué, cuándo ha sido la última vez que José Antonio habló a Raimundo Fernández-Cuesta?

LA ULTIMA VEZ QUE VI A JOSE ANTONIO

En la vida y en la obra de José Antonio hallamos el nombre de Raimundo Fernández-Cuesta como una constante de fidelidad. Hay vínculos antiguos de amistad y asistencia entre ellos, que más tarde se unen también en la tarea política común. Es en marzo del año 34, días antes del mítin de Valladolid, cuando Raimundo Fernández-Cuesta queda incorporado a Falange. La amistad que les unía adquiere así, en la obra, categoría fuerte de misión, "que los hombres sólo se unen en las cosas". Mas no es alcance de estas líneas la lejanía—ya historia—de los primeros tiempos, sino los días últimos que preceden al Alzamiento Nacional. También aquí, en ellos, hallamos junto al nombre de José Antonio el de Raimundo Fernández-Cuesta. El recoge hasta el fin sus palabras, conoce su política, asume sus consignas, que son ya "ley no escrita" de nuestra Falange; a su lado, en la línea paralela del pensamiento y la conducta, Raimundo Fernández-Cuesta permanece hasta en las últimas noticias que tenemos de José Antonio. Mediado noviembre del año 36, cuando ya nuestras tropas están ante Madrid, José Antonio escribe desde la cárcel de Alicante a sus hermanos y amigos más íntimos. Son cartas breves, concisa humanidad salvada en el recuerdo ante una eternidad superada y prevista. Todas esas cartas llegan a su destino, salvo dos que la censura roja se reserva: son las dos cartas de contenido político, donde va escrita la doctrina decisiva

A la Revista "Y" con todo afecto

*Arriba España
17-3-938*

R. Fernández-Cuesta

de Falange, donde José Antonio deposita su voluntad de testador. Y estas cartas iban dirigidas a Raimundo Fernández-Cuesta y a Ramón Serrano Suñer, ministros hoy en el Gobierno del Generalísimo. Ya es providencial que estos dos nombres comparezcan unidos para la historia de la Falange en ese momento supremo en que José Antonio siente con más fuerza el valor definitivo de su decisión. El último documento suyo que conocemos está escrito en la cárcel de Alicante a las diecisiete horas del día 19 de noviembre del año 1936. — ¡Cómo debió pesar en el corazón de nuestros enemigos el cielo de aquella tarde...! —. Y en este documento final, José Antonio confía la ejecución de su voluntad a dos hombres: Ramón Serrano Suñer y Raimundo Fernández-Cuesta, designados allí albaceas testamentarios.

No podemos agotar todas las sugerencias venturosas que suscita la unión de estos hombres en el último documento de José Antonio. Entre ellos va encauzada "la ardorosa ingenuidad de la Falange". Lo que hoy es realidad de gobierno estaba ya previsto por él en aquellos días decisivos de noviembre, y, con precisión de ley, el pensamiento y la obra se identifican.

* * *

El día 14 de marzo de 1936 el Gobierno socialista ordena detener, en Madrid, a toda la Junta Política de Falange.

"Por cierto — dice Raimundo —, que apenas llegué a España, recién salido del cautiverio rojo, se acercó a saludarme en un hotel de Salamanca el policía que me había detenido el día 14 de marzo del año 36. Recordamos juntos la detención, y me dijo: "¿Por qué no escapó usted?; yo esperaba que lo hiciera."

A partir de aquel día de marzo, el domicilio social de Falange es la cárcel de Madrid. Allí transcurre la fuerte hermandad, allí se conciben, en las horas largas cuando toda la tierra es ya un destierro, las normas fundamentales de una política futura. Cada día se ven, y a cada hora, José Antonio y Raimundo. Al jefe de Falange, soberano siempre, le parecen aquellos muros un retiro providencial:

"No me importan dos años de cárcel — decía —. Repasaré el bachillerato."

Cuando la comunicación entre ellos se hace difícil, José Antonio es-

cribe; son largas cartas cifradas comentando la política que se hace "fuera". Así hasta el día 6 de junio.

"Estábamos reunidos, como siempre. A las siete de la tarde, el director de la cárcel mandó llamar a José Antonio. A todos nos alarmó este aviso. Luego, le oímos dar grandes voces en el despacho del director: "¡Ustedes me sacan de aquí porque me van a matar!", decía. Era la orden de traslado de algunos camaradas a otras cárceles. José Antonio y Miguel Primo de Rivera, irían a Alicante; Agustín Aznar y Sancho Dávila, saldrían aquella misma noche camino de Vitoria. José Antonio volvió a reunirse luego con nosotros; éramos un grupo de veinte hombres, que protestaban. Para hacerlos callar fué necesario que una escuadra de guardianes echase mano de las pistolas. José Antonio llamaba "caimán" al director de la cárcel, que gritaba pidiéndonos silencio. No queríamos separarnos; en esta dispersión adivinábamos todos un peligro inminente."

José Antonio es sacado de la cárcel de Madrid a las once de aquella noche. Antes habla con sus hombres, les anima, les promete noticias... Cuando se lo llevan, los muchachos cantan desde sus celdas el himno de Falange. Y al pasar ante cada reja, él les mira como si revistase sus tropas para el combate más definitivo. Todos saludan brazo en alto. José Antonio, ya desde la puerta, grita: ¡Arriba España!; y luego, más lejos cada vez, como un acabamiento largo, le oyen repetir este grito por los patios y galerías que cruza.

Es la noche del 6 de junio de 1936.

"Desde entonces no he vuelto a ver a José Antonio. Recibí luego varias cartas tuyas escritas en la cárcel de Alicante. Eran consignas, órdenes de combate para nuestras milicias. La última está en cifra y es de la madrugada del 16 de julio, víspera del Alzamiento Nacional. José Antonio me decía en ella que le aguardásemos allí, que llegaría en avioneta a la Ciudad Universitaria para unirse a nosotros..."

Luego, ni una noticia, ni una referencia que nos dejase certidumbre. A partir de aquella carta, Raimundo ya no vuelve a comunicarse con José Antonio. A la cárcel de Madrid llegan noticias muy contradictorias. Se viven mundos diferentes bajo una misma angustia. Toda una eternidad queda por medio.

LEY

«En los minutos que yo empleé para trasladarme del Cine Padilla al Cine Europa, nuestras camaradas de la sección femenina van a proceder a una colecta. Para esta colecta no ruego de vosotros otra cosa que una cierta actitud de seriedad. Ya sabéis hasta qué punto es pobre la Falange; ya sabéis en qué empeños ha metido a sus huestes. Estoy seguro de que nadie que recapacite un instante sobre esto, contestará con avaricia al requerimiento de nuestras camaradas. Es fácil dar unas monedas de cobre; es fácil para algunos dar unas monedas de plata. No es lo fácil lo que pedimos, sino lo difícil, como difícil es la tarea que tenemos ante nosotros. Ya sé que con sólo esto, el que pueda dar una peseta, no dará unos céntimos; el que pueda dar un duro no dará una peseta; el que pueda dar cinco duros no dará uno. Al acercarse nuestras camaradas con la bolsa abierta para hacer un requerimiento a su generosidad, que cada uno considere, si no le basta avergonzarse de sí propio reprochando su propia cicatería, no lo que hicieron por la Falange los que cayeron, cuyo recuerdo es demasiado delicado para invocarse en solicitud de unas monedas, que piense cada uno en lo que dan nuestras magníficas compañeras que, uniformadas, enhiestas, activas, valerosas, constantes, vencen todos los días las batallas contra su propia timidez y se acercan a nosotros a solicitar nuestra generosidad.»

JOSE ANTONIO

(Del doble mítin de la Falange, en Madrid (Cine Padilla y Cine Europa), celebrado el 2 de febrero de 1936.)



Romance que llaman del casamiento de Jimena y Rodrigo



ROMANCE DE RODRIGO

A su palacio de Burgos,
 como buen padrino honrado,
 llevaba el Rey a yantar
 a sus nobles afijados.
 Salen juntos de la iglesia
 el Cid, el Obispo y Lain Calvo,
 con el gentío del pueblo
 que les iba acompañando.
 Por la calle adonde van,
 a costa del Rey gastaron,
 en un arco muy polido,
 más de treinta y cuatro cuartos.
 En las ventanas, alfombras;
 en el suelo, juncia y ramos,
 y de trecho a trecho había
 mil trovas al desposado.
 Salió Pelayo hecho toro
 con un paño colorado,
 y otros que le van siguiendo,
 y una danza de lacayos;
 también Antolín salió
 a la jineta en un asno,
 y Peláez con vejigas
 fuyendo de los mochachos.
 Diez y seis maravedís



mandó el Rey dar a un lacayo,
 porque espantaba a las fembras
 con un vestido de diablo.
 Mas atrás viene Jimena
 trabándola el Rey la mano,
 con la Reina su madrina,
 y con la gente de manto.

Por las rejas y ventanas
 arrojaban trigo tanto,
 que el Rey llevaba en la gorra,
 como era ancha, un gran puñado;
 y a la homildosa Jimena
 se le metían mil granos
 por la marquesota al cuello,
 y el Rey se los va sacando.
 Envidioso dijo Suero,
 que lo oyera el Rey, en alto:
 —«Aunque es de estimar ser Rey,
 estimara más ser mano»—.
 Mandóle por el requiebro
 el Rey un rico penacho,
 y a Jimena le rogó
 que en casa le dé un abrazo.
 Fablándola iba el Rey,
 mas siempre la fabla en vano,
 que non dira discreción
 como la que faz callando.
 Llegó a la puerta el gentío,
 y partiéndose a dos lados,
 quedóse el Rey a comer
 y los que eran convidados.



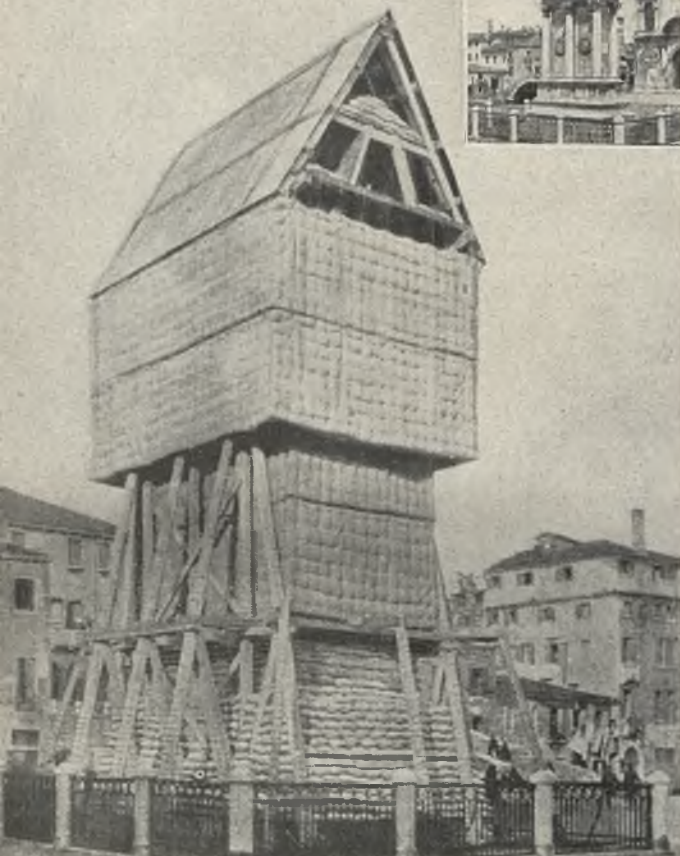
ASÍ SALVÓ ITALIA DE LA GUERRA SUS MONUMENTOS DE ARTE



La quadriga de bronce que corona la iglesia de San Marcos, en Venecia, da lugar a este curioso "descendimiento".

I

Entre las víctimas inocentes de una guerra, están las obras de arte que ilustran un pueblo. Y acaso el índice mejor, para saber lo que una guerra ha sido, es su destrozo; pues hay en toda contienda una diversa índole de combate que no podrá desatender aquel que quiera llevar a la Historia su juicio de ella. El modo de guerrear es el indicio mejor para descubrir la razón de una guerra, ya que siempre asoma, en el esfuerzo, la índole del luchador, y hay en su gesto y ademán la más poderosa muestra de su naturaleza; y ya recuerdo haber leído, y no recuerdo a quién, que la justicia de una guerra se demuestra con la manera de guerrear.



El mundo guarda, como afrentas a la Humanidad, signos terribles de «guerra mala». Allí, en Mistra, una feliz mañana de azules griegos, fui al Monasterio de San Juan; estaba la Naturaleza, gloriosa. Y la mujer miope que me conducía, guardesa de las huertas y de los lampadarios, mostró entonces, con solemne silencio, como quien descubre una herida horrible, tres cabezas de apóstol pintadas en el muro hacía mil años: aquellas tres cabezas tenían picados los ojos: bárbaramente sacados fuera de una vigilia, como el pálido desarreglo de una vigilia, he vuelto a recordar—Dios perdone al mundo— aquel martirio de índole feroz que sufrieron en Mistra los tres santos apóstoles del Monasterio de S. Juan.

Hoy, al entrar en las iglesias de nuestros pueblos recién recobrados, cuando todavía guardan ese calor sucio y terrible de la estancia roja como el pálido desarreglo de una vigilia, he vuelto a recordar—Dios perdone al mundo— aquel martirio de índole feroz que sufrieron en Mistra los tres santos apóstoles del Monasterio de S. Juan. Las revoluciones negativas fueron siempre, para el arte, una devastación «encarnizada»: quemar iglesias, rasgan lienzos, rompen imágenes... Es la desolación que viene a roer la rama espiritual de un pueblo. Y hoy se acusa este dolor con rasgos monstruosos que no perdonará jamás España. Por esos pueblos que fueron del diablo, he visto atroces signos de negación, señal de unos hombres posesos de la furia que devasta los campos y ultraja sepulturas y acuchilla lienzos...

Rigor de vándalo sobre los indefensos, con rasgos patológicos que alguien estudiará en su día. ¡Qué lejos de la guerra honrada, que señala zonas de neutralidad y concede treguas al enemigo para enterrar sus muertos! No habrá llanto para llorar todo el duelo que arrastra por España, sonrojándonos la estirpe, nuestro enemigo malo; pero no intento aquí recoger ese destrozo, por asesinato, del arte, sino el estado de peligro en que viven durante toda guerra las obras artísticas. Participan ellas del azar guerrero, de las contingencias militares, de la misma muerte que a todos ronda y a muchos bebe el corazón. El día 4 de septiembre de 1916 una bomba cae a dos metros de la iglesia de San Marcos, en Venecia. Y toda la ciudad palidece; pues hay en las obras de arte unas que pueden huir y refugiarse en sótanos o cajas blindadas; y hay otras inmóviles, que deben resistir a pie firme el ataque, pues viven por toda la ciudad, en fuentes, en estatuas y en las fachadas de palacios e iglesias. A veces toda la ciudad es un valor artístico, ciudades consagradas «totalmente» que no deberían entrar en el juego peligroso de una guerra. Italia es rica en «ciudades absolutas»: Venecia y Roma, Asís, Florencia, Siena... Destruir estas ciudades, es derribar el mundo. Por eso adquiera hoy, al compás de la guerra nuestra, un valor trascendente aquella Italia en medio de su guerra de 1915, toda afanada en preservar del fuego sus monumentos de arte—

El famoso monumento a Colleon en Venecia.

su razón de ser—, que en Venecia o Asís, en Florencia o en Roma, son cada casa y cada piedra.

Cuando las campanas de las iglesias tocan al arma y un arrebató trágico conmueve la ciudad y las madres se afanan por salvar sus hijos y todo huye de la superficie de la guerra, en la plaza despavorida queda inmóvil, indefensa en su pedestal, «ese» imponderable motivo de arte que puede ser un bronce de Donatello o un bajo-relieve de Jacobo Della Quercia. ¿Cómo salvar de la muerte estas obras llamadas a lo eterno? Entonces, la ciudad imagina defensas, ingenia fábricas, reviste de arena las fachadas monumentales, traslada imágenes y lienzos... Queda la ciudad vacía, desfigurada, vestida en simple, de mujer de campo. ¿Imagináis ahora cómo pudo la ciudad señora de Venecia, lujo del mar lujoso, pasar así, vestida de aldeana, por entre los peligros circundantes de la guerra europea?



Una «cuaresma» trágica reviste los altares.

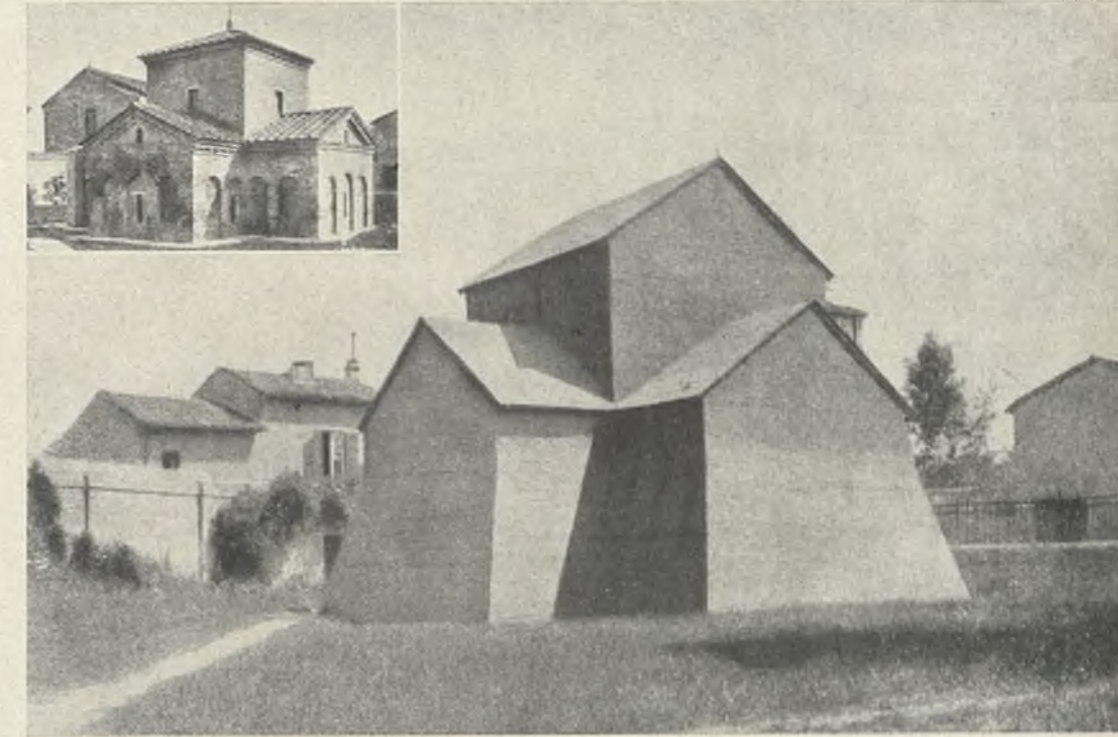
II

En el año 1915 la defensa de una ciudad tiene muy estrechas posibilidades. Y Venecia es ciudad de la más difícil guarda; blando el suelo, edificada sobre la laguna como un nuevo milagro de fe, asediada por tierra, cielo y mar. Venecia, aun en sus noches, cuando la luna es franca—esta luna inconsciente donde libran amor los enamorados de todo el mundo—ofrece al peligro una tentación exquisita: la luz marca brillantemente los canales y deja la ciudad al descubierto. Y así fué que los bombardeos a Venecia se realizaron durante la noche como una presa clarividente para los austriacos. Una noche de otoño del año 1915 cae sobre la iglesia de los Descalzos la bomba que destruye toda la bóveda pintada por Tiepolo; en noche de junio del año 1916 el enemigo bombardea los templos de San Francisco de la Viña, Santa María Ferosa y San Pedro Incastello; y en la madrugada del 14 de septiembre del mismo año cuando se abre, a dos metros de la iglesia de San Marcos, una bomba incendiará

Sólo entonces, que la guerra derrota con su agria mano esta serena arquitectura, el pueblo de Venecia se decide a levantar de allí su arte. Resistíase la población a que le abandonase la

ciudad, a que se rindiese al enemigo, no su fortaleza, sino su naturaleza, su natural artístico. Se debatía el pueblo entre dos temores desahuciables: de un lado, está el peligro de ver destruída su ciudad, y de otro lado, la desconfianza de no poder volver a reunir luego estas obras suyas de tan gloriosa posesión que se llevan de allí a otras ciudades menos aptas al castigo. Sólo cuando el fuego le quema los ojos, el pueblo de Venecia se aviene con angustia heroica a que le lleven de allí sus obras más preciadas. Comienza el éxodo. Toda la ciudad se desalma y queda, inanimada, junto al mar. La quadriga de bronce griegos que corona la iglesia de San Marcos, echa pie a tierra; todo pide tierra y descendimiento en esta hora. Se transportan los cuadros, se fajan las imágenes en acolchados de algas secas, se fijan con soportes las pilastras, las fachadas se cubren con leños, y sacos de algodón y de arena cocida defienden los relieves. Gracias a esto, la bomba que cae sobre la iglesia de San Juan no llega a mutilar el monumento al «Dux» Pedro Mocenigo, obra maestra de Pedro El Lombardo. Ejercita el pueblo todas sus buenas artes defensivas. Uge Ojetti escribe, hacia el año 1918: «Ahora se están colocando sobre los mosaicos de las cúpulas grandes cortinas de tela muy sólida, porque la experiencia tiene demostrado que una cortina suelta, hinchándose al soplo de una explosión como un pulmón que respira, atenúa el golpe y salva hasta los cristales y vidrieras puestos tras ella.»

Así queda Venecia desmontada, ciudad que tanto monta; así queda vacío su dulce nombre y el nombre de toda la Italia militar. El peligro ronda sobre cada pueblo; en la mañana del 12 de febrero del año 1916 una bomba cae sobre la iglesia de San Apolinar Nuevo, en Rávena, y arranca un trozo de su maravilla. Cada ciudad se recubre como en una Cuaresma horrible que reduce a sombras enterradas las manifestaciones del espíritu. He aquí un breve índice de desolación: El Museo de Padua, está vacío; en Verona, las tumbas de los Scaligeri enterradas bajo arena; en Milán, está desocupada la Pinacoteca de Brera, y en Brescia, el Museo cristiano; de Florencia han salido más de doscientos cuadros y toda la colección de joyas de los Médicis. Roma ha levantado defensas en derredor de sus estatuas; se vacía Villa Borghese,



El Mausoleo de Gala Placidia, en Ravena, que guarda los mejores mosaicos del mundo

se, y en Nápoles, vasos, orfebrería, plata y piedras preciosas, han sido encerrados en cajas de hierro.

¿Quién podía imaginar este angustioso desplazamiento del arte en un país elegido para dar forma—el fondo es nuestro—al mundo? La belleza no tiene ya lugar entre los hombres, ni a la superficie de la tierra—levantada, hirviendo—, conviene una placidez magnífica.



Es un éxodo triste. El pueblo de Venecia acompaña fuera de la ciudad la Asunción del Tiziano para salvarla de las bombas austriacas



CULTURA FÍSICA

El segundo ejercicio físico que vamos a descubrir debe practicarse ligeramente espaciado del anteriormente descrito; espacio que deberá aprovecharse para hacer unos cuantos movimientos inspiratorios y espiratorios de frente a la ventana, procurando llenar bien de aire los pulmones mediante una inspiración profunda y haciendo estos movimientos con una gran lentitud y ritmo.

Para practicar este segundo ejercicio se pondrán los pies, lo mismo que en el ejercicio anterior, sólidamente apoyados sobre el suelo para buscar una ancha base de sustentación y con las piernas abiertas; los brazos extendidos horizontalmente (fig. I).

En este momento comienza verdaderamente la parte dinámica del ejercicio haciendo una rotación de la parte superior del cuerpo de un cuarto de círculo hacia la izquierda, y entonces se inclina el cuerpo hacia abajo hasta que el puño cerrado de la mano derecha toque el suelo (fig. II). Es preciso cuidar que durante todo el tiempo de este ejercicio, no se muevan los pies del suelo y que al inclinar el cuerpo para tocar el suelo con el puño no se flexionen las rodillas, porque entonces desaparece por completo su eficacia.

Una vez vuelto el cuerpo a la posición vertical y continuando siempre con los brazos abiertos (fig. III) vuelve a imprimirse al cuerpo otra media vuelta completa hacia la derecha y se inclina el cuerpo hasta tocar el suelo con el puño de la mano izquierda.

Este ejercicio completo se practicará al principio cinco veces hacia la izquierda y cinco veces hacia la derecha, aumentando progresivamente el número de veces hasta llegar a practicarlo diez de cada lado.

Si las primeras veces que se practica este ejercicio cuesta trabajo llegar a tocar el suelo con el puño manteniendo rígidas las piernas, según es de precepto, puede dejarse doblar ligeramente la rodilla derecha en la flexión del tronco hacia ese lado y la rodilla izquierda en el movimiento contrario, pero en cuanto se esté un poco habituado, entonces debe hacerse sin tener que flexionar la rodilla.

Este es un ejercicio maravilloso para el juego de la cintura: proporciona al talle un contorno clásico, haciendo el cuerpo gracioso y ligero. Sirve, además, para aumentar la estatura y mejora el funcionamiento de los órganos digestivos, del riñón y del hígado.



GIMNASIARCA.

Lo que odian los maridos

Lo que les gusta a los novios

Por Mihura



Que tardes en vestirte y le hagas llegar tarde.



Que tardes horas en vestirte antes de verle a él.



Que no estés amable con sus amigos.



Que no estés amable con sus amigos.



Que tengas un perro que llame la atención.



Que tengas un perro que llame la atención.



Que sepas tocar el piano.



Que sepas tocar el piano.



Que seas demasiado espiritual para ocuparte de las cosas de este mundo.



Que seas demasiado espiritual para ocuparte de las cosas de este mundo.



ISABEL CLARA EUGENIA, INFANTA DE ESPAÑA, Y GO- BERNADORA DE LOS ESTA- DOS DE FLANDES

EL 12 de agosto de 1566 nació en el palacio de Valsain, entre los frescos bosques de aquel ameno lugar, una linda Princesa, hija del Rey nuestro Señor Don Felipe II el Prudente y de la bella Reina Doña Isabel de Valois. La neófita recibió los nombres de Isabel Clara Eugenia, con que la Historia debía de conocerla.

Eran los tiempos magníficos del esplendor español, y la pequeña Infanta empezó su vida bajo la luz de aquel sol que no se ponía en los Reinos de su augusto padre, y supo más tarde que los mares eran como lagos de su Patria y las razas cual juguetes en las manos formidablemente fuertes de los reyes españoles.

Fué desde pequeña muy agraciada, y su rostro, reproducido muchas veces por los más grandes pintores de la época, resplandecía de maliciosa inteligencia y de gracia suave y simpática. Su vivacidad, su rápida comprensión, hicieron de Isabel Clara Eugenia la hija preferida de Felipe II, quien la asoció a sus trabajos y labores en cuanto la Infanta fué algo mayor. Pensando en esta asociación de trabajadores, no es posible evitar una sonrisa enternecida ante el contraste que debía presentar Isabel Clara Eugenia, casi una niña aún, colaborando con su austero padre en magnas decisiones, y resolviendo asuntos intrincadísimos, ante los cuales palidecían los doctores más sabios y los más sutiles leguleyos.

Linda, sabia y poderosa, Isabel Clara Eugenia pudo ser Reina de Francia, y hubo tratos para casarla con el heredero presunto del Reino Gálico; cuando la muerte del duque de Anjou hizo de Enrique de Navarra un futuro Rey, Felipe II propuso esta unión, que se realizaría después de la anulación del matrimonio de Enrique y de la Reina Margot, quienes ya vivían separados; pero este matrimonio, que hubiese sido muy conveniente a ambos reinos, no llegó a granazón. Así como tampoco las nupcias que se pensaron con el Archiduque Ernesto de Austria, hasta que habiendo cedido Felipe II a su hija los Países Bajos para que los gobernase y reinase sobre ellos, la casó con su primo el Cardenal Infante Alberto de Austria, previamente dispensado de sus votos por el Sumo Pontífice.

tiscos flamencos una tregua de doce años, que más tarde se trocó en paz definitiva y permitió a la Infanta Archiduquesa reinar tranquilamente sobre un país hasta entonces devastado por todos los horrores de la guerra, y que poco a poco se restablecía. gracias a las prudentes y sensatas medidas que adoptaron los Archiduques y que aplicaron siempre con sumo cuidado y un exquisito espíritu de justicia estricta, templada por una bondad vigilante, que se recuerda en Flandes, no obstante los siglos trascurridos desde entonces.

Estas buenas prendas de gobernar deben, sobre todo, ponerse en el haber de nuestra Infanta, cuyo carácter era infinitamente más atractivo que el de su esposo el Archiduque Alberto, hombre serio y entonado, poco a propósito para adquirir simpatías. Así se vió cuando, muerto su esposo el 1625, la Gobernadora de los Países Bajos continuó rigiéndolos con su autoridad de mujer sensata, hasta que en 1633 entregó su alma a Dios, dejando en Flandes un recuerdo vivo y tenaz de sus excelentes dotes de gobierno.

El museo de Madrid guardaba varios retratos de Isabel Clara Eugenia. Uno de ellos, bella pintura de Coello, reproduce a la Infanta en el albor de su juventud, vestida con un rico traje claro, ornado de suntuosos botones de pedrería y un espléndido cinturón, mientras que un bizarro sombrero, donde se mezclan plumas de garza con hilos de perlas, corona graciosamente la cabeza de la Infanta.

Más tarde, en una digna efigie oficial, Rubens el Grande retrata de nuevo a la Gobernadora. Ha trascurrido ya el tiempo. Isabel Clara

Eugenia pasó ya la adolescencia y la juventud, pero aún no es vieja, y todavía conserva su hermosura algo cambiada y su don de simpatía siempre perenne. Vístese con severo traje oscuro, donde blanquean collares de perlas y chispea un rico relicario. Las manos yacen caídas en el regazo, y una de ellas prende, con sus dedos finos, un abanico, cetro femenino de gracia y donosura que españoliza el retrato todo. El implacable tiempo holló con su paso la juventud de la Gobernadora de Flandes y dió a su rostro la pátina melancólica de la vida, que sólo con pasar entristece la naturaleza de los hombres. ¿Isabel Clara Eugenia fué feliz? ¿Fué desdichada? ¿Bastaron a su dicha los éxitos oficiales siempre fríos? ¿Puso su alegría en ellos? ¿En el seguro pero adusto amor del Archiduque? Posible, casi seguramente, así fué y el espíritu superior de la Infanta, templado en el ejemplo y en los consejos de Felipe II, encontró elementos de felicidad en su vida llena de deberes. Mas como el verdadero carácter perdura siempre, por mucho que se intente domeñarlo, el júbilo pizpireto de la Gobernadora encontró una válvula de seguridad en algo casi insignificante, en un abanico. Allí está, en el retrato de Rubens, medio cerrado, medio abierto, descansando en la diestra de la dama. Es símbolo del ardiente, del inquieto Mediodía, frente a las nieblas nórdicas que apagan las luces y extinguen los ruidos. Está quieto, reposa por el momento, pero no tardará en llegar el instante en que Isabel Clara Eugenia, con un breve y seco movimiento de la mano, lo abrirá, y, ris, ras, lo agitará en el aire, donosamente, nerviosamente, recordando la distante España. Así gobernó esta ejemplar mujer las tierras de Flandes. ¡Cuántos abanicos españoles han regido de igual modo imperios y reinos poderosos por toda la superficie del Globo!

MAURICIO LÓPEZ-ROBERTS
Marqués de la Torrehermosa



Quieres ganar 100 pesetas?

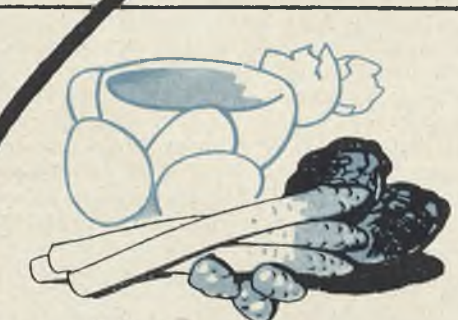
CONCURSO.



Lunes.
Hoy nos quejamos
por el postre.



Miércoles.
Día sin carne de vaca.



Viernes.
Recuerda que hoy tam-
po hay carne de vaca.



Domingo
Mediodía.
Fabada asturiana.
Cordero asado con legumbres del tiempo.
Queso del país. Fruta fresca.

Noche.
Huevos al plato con puré de patatas.
Coliflor con mayonesa.
Manzana asada o frita.

LA guerra, la nueva política, la Revolución Nacional, dis- traen a la mayoría de las gentes de lo que hasta ahora habían sido sus preocupaciones y diarios problemas. Tú, mujer, sigues, a pesar de todos los acontecimientos, en tu puesto de ama de casa. Dos veces, al menos, cada día, toda una familia depende de ti para su sustento. Todos han podido tener momentos en que los disgustos, las penas, les hicieran olvidar, aunque fuese unas horas, sus deberes. Tú sola no puedes fallarlos. Tu marido, tus hijos, piensan en ti, en la acostumbrada rutina del hogar, como lo más sólido de sus vidas. Y no deben perder esta razón. ¿Pero, y tú, mujer? Aceptaste con ilusión el ayudar a tu Patria; el día del plato único, el día sin postre y la falta de algunos elementos no han simplificado tu labor. Tu familia exige una variedad y un esmero que quisieras darles y que no parece hermanar siempre con la economía.

Hoy llegamos hasta tu cocina para ayudarte, participamos en tus conflictos de española y de mujer y vamos a darte los medios para su solución.

Fíjate bien en esta página: una especie de calendario de menús para toda la semana. ¿Qué comeremos cada día? En el casillero correspondiente al domingo, el almuerzo y la comida están solucionados. Esto debes hacer tú en el resto de los días. Hacerlo y... ganar cien pesetas. Alguna de vosotras, lectoras, tiene que ganarlas. Esas cien pesetas inesperadas, llovidas del cielo, con las que soñamos para el pequeño capricho o la «locura» que no nos suele permitir nuestro presupuesto mensual. Se concederá este premio a los menús de una semana, mañana y noche, que reúnan más y mejores cualidades, en buen gusto, alimentación racional y economía. Los menús se elaborarán para cinco personas, especificando el coste de cada plato y dando la receta para su condimento.

Ya ves, lectora, ama de casa, qué sencillo y qué práctico. Al planear tus menús de la semana, nos los mandas para el concurso, y casi sin darte cuenta puedes encontrarte con cien pesetas en el bolsillo. El único requisito necesario es que tus ideas vengan acompañadas del vale, que recortarás para enviarnoslo.



Cupón núm. 1



HASTA que, hace todavía muy pocos años, en las vísperas de la Gran Guerra, se discurrió que los ejércitos serían más eficaces si se vistiese a los soldados de un color parecido al de la tierra y se suprimieron todos los aditamentos vistosos de los uniformes de otros tiempos, el traje militar solía ser compendio de toda gala y bizarría, aun más que el mismo indumento femenino. En España, en las épocas más austeras de los Austrias, cuando las Reales Pragmáticas vedaban todo lujo excesivo aun a las mujeres, los soldados podían vestirse y empavesarse como quisieran y se echaban encima cuantas bandas,

encajes, cintas y plumas multicolores pudiese cada cual procurarse: «Quenunca en la Infantería española—dice un papel de 1610—ha habido premática para vestidos, porque sería quitarles el ánimo y brío que es necesario que tenga la gente de guerra.» Es natural que en la moda femenina, tan sensible a todas las sugerencias de lo bello, se refleje alguna vez, en sus líneas generales o en sus detalles, el traje militar, sobre todo cuando alguna gran victoria había hecho palpar de orgullo el alma nacional y había puesto de moda cuanto a los héroes se refiriese.

Esta influencia es, sin embargo, difícilmente apreciable hasta una época relativamente cercana, y la razón de este hecho es comprensible. Hasta fines del siglo XVII no hay, propiamente, traje militar uniforme. Cada oficial o cada soldado vestía como buenamente quería, y lo único que les distinguía de los demás ciudadanos era precisamente, aparte del armamento, la misma libertad con que se ataviaban, sin ceñirse para nada a las leyes suntuarias. Recuérdese, por ejemplo, nuestro famoso lienzo de la *Rendición de Breda*. No hay en él dos figuras vestidas de la misma manera, aunque había, sin duda, un acento inconfundible que distinguía al militar del paisano. Alguna vez, sin embargo, en la Edad Media, las damas imitaron en telas preciosas las piezas de hierro de las armaduras de sus novios o de sus maridos. Así, en el siglo XV, algunas ricashembras copiaron en lienzo plegado, para adornar su cuello, los gorguerines de los arneses de Milán y de Alemania y para los bullones con que se ensanchaban las estrechas y ceñidas mangas; hacia los hombros y el codo se inspiraron también, seguramente, en las hombreras y quijotes que facilitaban el juego del brazo a los caballeros vestidos de acero. En los zapatos puntiagudos de las armaduras, ve algún tratadista el modelo de los *solerets*, de agudas y curvas puntas de las contemporáneas de Isabel de Baviera. En el Renacimiento, no es raro el que las damas se atavien con traje militar, pero no con el de su tiempo, sino con el casco abierto y la lorica con que el arte greco-romano solía representar a Minerva y a Belona.

La primera vez que las damas pusieron de moda un indumento militar, fué en Francia, en aquel torneo aristocrático que se llamó la guerra de la Fronda y en el que las mujeres tuvieron tanta parte. Aquellas grandes señoras que juegan a hacer la guerra al Cardenal y a la Reina Madre, se ataviaron con las galas tan elegantes y pudiéramos decir tan femeninas, de los héroes de Lens y de Rocroy. La duquesa de Montpensier—la famosa y romancesca «Grande Mademoiselle»—, Mmes. de Longueville, de Chevreuse, d'Hautefort, vistien de tal manera que no es fácil, en los museos, distinguir sus retratos a primera vista de los de un Condé o un Turenna; por ejemplo: gran sombrero de fieltro empenachado de plumas; cuello ancho de lienzo y encajes caído sobre los hombros y el pecho—la valona, única pieza propiamente de uniforme en este tiempo—, el cabello suelto sobre la espalda; corpiño ceñido, cruzado por una vistosa banda, y guanteletes de cuero. Pero aun aquellas señoras más pacíficas que no se acercaron tanto a los campos de batalla, y aun las burguesas de la clase media, se engalanaban con corpiños militares y con *echarpes* a la Fronda, cintas «a la Fronda» y otras bagatelas que eran un homenaje a la gloria del Príncipe de Condé.

De aquí en adelante se establece la costumbre de conmemorar, con alguna modificación en la indumentaria femenina, alguna campaña, algún combate o algún regimiento famoso. Tal es el origen de la corbata, que copió la pieza de lino que anudaban en torno de su cuello los soldados de un regimiento de croatas al servicio de Luis XIV. Después de la victoria obtenida por este monarca sobre los holandeses en Steinkerke (1692), las joyas, los encajes, las cintas, eran «a la *steinkerke*», y la Princesa de Conti, mujer de uno de los generales vencedores, se hizo retratar con un traje que no era sino una adaptación del que su marido había lucido en la batalla.

En el siglo XVIII el uso del uniforme se hace general, sobre todo desde que Federico el Grande hace triunfar en Europa la disciplina y la táctica prusianas... que él había aprendido en las obras de nuestro Marqués de Santa Cruz del Marcenado. Los soldados visten casaca, chupa y pantalón de vivos colores, botas altas hasta la rodilla; empolvan sus caballos y se tocan con el sombrero de tres picos, a la «prusiana» o a «la Federica», que viene a ser por excelencia la prenda militar. Este traje, tan bello, sentaba maravillosamente a las mujeres y son muchas las que gustan de vestir un uniforme que no se diferenciaba del de los militares sino en llevar faldas en lugar de pantalones. Así hay un precioso retrato de Amalia María Josefa de Baviera, en el cual esta princesa viste tricorno y casaca militar de tipo absolutamente varonil. Se pone de moda el que las señoras ostenten cargos honoríficos de coroneles y tenientes coroneles. Yo tengo en mi casa de Hoyuelos, un retrato en que una de mis antepasadas figura como «Teniente coronel del Regimiento de Dragones de Phrissia» y otra, la marquesa de Lozoya hizo toda la guerra contra Francia (1793-1795) con el Regimiento de Segovia y llegó a disparar un cañón contra los franceses. Esta costumbre, que ha perdurado hasta nuestro tiempo, reservada a las soberanas, contribuyó a que se generalizasen entre las mujeres las prendas de uniforme. La galante batalla de Fontenoy, en tiempo de Luis XV, a la



La influencia militar en la moda femenina.

cual se ha llamado «la guerre en dentelles», por el lujo de los caballeros franceses, influyó poderosamente en las modas femeninas del siglo XVIII. Madame de Pompadour se tocó con el tricornio de los guardas franceses y llevó a sus vestidos el brillante azul de su uniforme—el azul Nattier—. La imitaron princesas y grandes señoras, y la Infanta María Teresa de Borbón, mujer del Infante, duque de Parma, aparece en un retrato de Nattier con un sombrero de tres picos, absolutamente militar.

A parte de estas imitaciones directas del uniforme, son infinitas las «novedades» que nuestras tatarabuelas de la época pre-romántica inventaron para conmemorar hechos guerreros. El paso del Rhin por el duque de Berwick, en 1754, da origen a un tafetán azul con ondas, que se llamó «del paso del Rhin», y parecido nombre recibió una cinta. La batalla de Lawfeld sirvió para bautizar una forma de sombrero; la de Crefeld, un gorro, y la de Hokerchen, un abanico. En los inmensos y complicadísimos peinados de la época de María Antonieta cabía todo, y los artifices de aquellas obras de arte capilar introdujeron en ellas toda suerte de trofeos militares y hasta marítimos. Una modista, Mlle. Fredin, inventa el sombrero «almirante», sobre el cual figuraba «un barco, con todos sus accesorios y sus cañones en batería»; y en el peinado «a la fragata», figuraba una fragata con cuatro palos y siete velas, adornada de cintas.

Al mediar el siglo, las desgracias de Polonia habían puesto de moda los indumentos de este país. Los uniformes militares se guarnecen de pieles y sobre el pecho las chaquetillas se adornan con una serie de trencillas paralelas que reciben diversos nombres (Brandembourgs). El fino gusto de las modistas de aquel tiempo, el siglo de oro de la elegancia, comprendió cuánto partido podría sacar de estos elementos, cuyo exotismo les hacía gratos al sentimiento barroco. Ya en 1746, Madame de Mouchy se hace retratar con un traje «a la polaca» y adornos parecidos se ven en un retrato femenino de Watteau de Lille.

Las bandas y condecoraciones que comienzan a conferirse a las grandes damas—como la española de María Luisa—y las plumas enormes de los sombreros, acentúan el aspecto militar del conjunto.

Hacia el 1800, Francia hace vibrar su clarín de guerra y toda Europa se convierte en un campo de epopeya. Es entonces, en el tiempo en que no se habla de otra cosa que de grandes batallas, cuando hacen furor, en el atavío femenino, las galas tomadas del uniforme militar. La línea a gusto del Imperio, tan sobria, tan poco varonil, se prestaba maravillosamente a estas adaptaciones. Las prendas que con más complacencia imitan las elegantes son, el *dolman* de los húsares,

adornado de *brandembourgs* de trencillas y cubierto de bordados en oro, y la chaquetilla guarnecida de pieles, que los jinetes gustaban de dejar flotar sobre el hombro en las fantásticas cabalgadas. La bella rival de Napoleón, la reina Isabel de Prusia, se hacía retratar por Ternite, en 1810, con uno de estos uniformes. En España, Goya pinta a la Reina María Luisa a caballo con la vistosa casaca de los guardias de corps, y Vicente López, en uno de sus retratos más admirables, el de la señora de Vargas Machuca, nos presentó a la bella modelo con una de estas chaquetillas, copiadas de las de los húsares napoleónicos. Los soldados de Napoleón, en Egipto, usaban el *kolback*, pequeño gorro cónico, adornado de una pluma y las damas adoptaron este tocado; otras, copiaban el turbante de los mamelucos, vencidos por Bonaparte en las Pirámides, y aún el alto *chakó*, de los oficiales de caballería. El romanticismo se atisbaba ya en la literatura y en la sensibilidad de la Europa del ochocientos con su afición a lo exótico y a lo desmesurado.

Las restauración borbónica, la Santa Alianza, significan en la moda, como en la política, una rectificación de la corriente revolucionaria. Las damas se visten de telas ligeras y usan, sobre la crinolina, aquellas enormes faldas que las hacían aparecer como grandes rosas invertidas. Nunca la moda ha sido tan femenina como en los años que van de 1830 a 1850, y en ella no tenía cabida nada que recordase no ya lo militar, pero ni siquiera lo hombruno. En el período romántico, las damas preferían, para su adorno, cosas tan delicadas como las blondas y las rosas. Fue preciso que adviniese el Segundo Imperio, con el descoco un poco varonil de las costumbres y la embriaguez por las nuevas glorias militares, para que París, capital indiscutida de la moda, volviese a enamorarse de los uniformes de Magenta, de Solferino y de Sadowa. Los regimientos de Zuavos, creados en las guerras de Argelia, se habían distinguido singularmente en Sebastopol y en Magenta. Las señoras imitaron, desde luego, las chaquetillas bordadas, el fez adornado de una larga borla, los grandes albornoces, que se emplean como salida de teatro o baile. Vuelven las chaquetillas de húsar, con sus *brandembourgs* de trencilla y sus bordados de oro.

Ésta fué, acaso, la última aportación del vestuario militar al atavío femenino. Después de Sedán, el entusiasmo guerrero decae en Francia, y la moda, siempre sensible, registra este cambio del espíritu. Solamente algunas Princesas, alemanas o rusas, se hacen retratar con el uniforme del regimiento del cual ostentan la coronela, y este ejemplo sigue, en España, la Reina doña Victoria, que aparece en algunos retratos con el *chacó* y la guerrera del Regimiento de Lanceros que llevó su nombre. Hoy ciertamente la indumentaria militar es mucho más austera que la de los caballeros de Fontenoy o los húsares de Marengo.



AL verdadero aficionado, al que siente el jardín, no le basta con lograr que sus plantas florezcan, sino que lo hagan con el máximo esplendor, la máxima perfección. Y en aquellos países en que la jardinería ha llegado a una perfección envidiable, en los que constituye no un lujo, sino una necesidad para toda clase de gentes, no oiréis hablar de Rosas Petunias ni Begonias simplemente, sino de la Rosa Frau Karl Druski y de la Madame Herriot, de la Petunia Rathaus y de la Begonia Carmesí; lo que nos indica que no se aprecia sólo la especie, sino las múltiples variedades que de esa especie se han obtenido en vía de selección y perfeccionamiento, atendiendo a las exigencias que los aficionados, con sus preferencias, han ido imponiendo.

Perfeccionemos antes nuestra formación jardinera de tipo general y después verticalmente podemos ascender a esas consideraciones de carácter más concreto.

Nos encontramos con nuestras plantitas ya conocidas, desarrolladas y habiendo sufrido, por lo menos, un trasplante. Así, pues, en febrero-marzo tenemos en tiesto pequeño, o en una parcela de semillero, las Petunias, los Phlox anuales, los Cingulosos, las Minutisas, los Schzanthus, los Erisimos, las Begonias semperflorens núm 1, los Pensamientos, los Silenes, entre otras, y los Geranios, obtenidos en verano anterior por esqueje, esperando en sus tiestos el momento del trasplante. Las bulbosas: Tulipanes, Narcisos, Jacintos, están a punto de empezar su floración.

Las especies primeramente citadas, entran en la

fase que pudiésemos llamar intermedia, decisiva, sin embargo, para el porvenir de su floración en abril y mayo; floración que podrá verificarse en el interior de una vivienda o a pleno aire en los macizos y plantabandas de un jardín.

Las condiciones respirables de los interiores suelen ser adversas para las plantas: Atmósferas cargadas, desprovistas de oxígeno con respecto a la normal composición del aire, impurificadas por gases nocivos en muchos casos (humo de cigarro y gas de brasero), recogiendo además las plantitas en muchos casos directamente el polvo levantado en la limpieza de las habitaciones. La iluminación es escasa o desigual y la temperatura, más o menos cargada, llega también, en algunos casos, a producir efecto nocivo en los vegetales.

Vemos, en fin, una serie de condiciones adversas para que la respiración y asimilación o alimentación de esos seres vivientes, reclusos en las viviendas, puedan verificarse con normalidad. ¿Nos extrañará después de esto la vida lánguida y el desarrollo anormal de esas plantas?

Tenderemos, pues, a combatir y, si es posible, anular esas condiciones adversas. ¿Cómo?

Exponiendo los tiestos a una iluminación solar uniforme, igual por todas sus partes; colocándolos, no arrinconados en el fondo de las habitaciones, sino siempre cerca de las ventanas y balcones; sacándolos al aire el mayor tiempo posible, aprovechando las condiciones de clima de la mayoría de nuestras regiones que lo permiten durante todas las estaciones del año. La atmósfera estará lo menos cargada

posible y la limpieza se efectuará estando fuera de la habitación los tiestos, el polvo se acumula en las hojas impidiendo la transpiración o dificultándola ostensiblemente.

El cuidado debe llegar al esmero cuando se trate de los riegos, punto delicado, sino difícil, para mantener la planta en perfecto equilibrio de humedad, base de un éxito definitivo, y sin que nunca se deba realizar el riego rutinariamente, igual todos los días y en

FLORICULTURA DE PRIMAVERA.





todas las épocas y sin tener en cuenta lo que la planta pida.

El aspecto de la planta y el de la tierra del tiesto nos fija, en todo momento, cómo debe regarse. Las atmósferas húmedas y frías, la tierra fuerte con arcilla, que forma barro apretado al regarla, son condiciones que nos exigen riegos moderados, evitando el estancamiento del agua, origen de podredumbres en las raíces y, en definitiva, de la pérdida de la planta. Podemos pensar que nos encontramos ante amenaza de podredumbre cuando estando muy apelmazada la tierra del tiesto, la planta amarillea, palidece y se oscurece la parte de su tallo que está en contacto con la tierra, tomando el tallo, en general, una consistencia blanda.

Por el contrario, las tierras secas sueltas y la rigidez, acompañada también de palidez en la planta, cuyas hojas se doblan, son muestras de falta de agua.

En el caso de exceso de humedad, conviene poner la planta al sol y en lugar donde el aire se renueve bien. En el de falta, un buen riego y mantener el tiesto en lugar donde la temperatura y la aireación sean lo más uniforme posible. En uno y otro caso, si alguna hoja llega a pudrirse o secarse, debe cortarse por su base en seguida.

Condición favorable para los riegos es que sean más bien copiosos y espaciados que cortos, insuficientes y frecuentes.

Otra consideración es preciso hacer para el éxito de los cultivos en tiesto: Habiendo necesidad de trasplantar las plantitas todos los años por ser así conveniente a la mayor parte de las especies, sucede en muchos casos que, al verificarse esa operación, se rompen raíces y entonces desequilibramos evidentemente al vegetal, ya que sus fenómenos de asimilación y respiración se verifican mediante un equilibrio perfecto entre sus raíces y su parte aérea

(tallo y hojas). Es imprescindible en estos casos cortar algunas hojas o despuntar todas al verificarse el cambio de tiesto y así volvemos a situar al vegetal en condiciones de equilibrio.

Esta operación se realiza en la mayor parte de los casos de trasplante a tierra en el jardín de plantas que ya han alcanzado bastante desarrollo en el semillero o parcela de cría.

Las exigencias de iluminación de unas especies es distinta a las de otras; así, por ejemplo, las Petunias y los Geranios exigen sol abundante y, en cambio, las Violetas y las Begonias prefieren situaciones más sombrías para la mayor parte de sus variedades.

Expuestas estas consideraciones para las plantas de tiesto, sólo falta decir que, si pasamos directamente a la banda o macizo del jardín privado las especies primeramente mencionadas, habrá de hacerse en día no muy caluroso ni muy húmedo, y a las horas en que el sol no tenga ya mucha fuerza.

Exige la plantación en jardín una preparación previa de los macizos, marcando las líneas y el espaciamiento entre plantas, distinto para cada especie, según su futuro desarrollo. Bien rastrillados y allanados, esperan en marzo las plantitas que han de dar en ellos su floración espléndida y cuyo arraigo después del trasplante se asegura mediante un buen riego, teniendo siempre en cuenta que los riegos en el jardín deben darse por la mañana temprano y a la caída de la tarde, ya que a las horas de más insolación se producen cambios bruscos de temperatura y humedad nocivos para su desarrollo.

En el próximo artículo hablaremos ya de la floración de primavera, de las condiciones florales que más embellecen los jardines en esta estación, exponiendo concretamente un ejemplo de jardín primaveral.

GABRIEL BORNÁS

ROMANCES

DE LA GUERRA EN

Estos son los romances que cantan las mujeres de El Garb, y las de las Montañas y Er Ríf, y las moras que recogen la tarde en las terrazas altas de Tetuán. Son canciones de guerra para los hombres que vienen a España, canciones que resuenan legítimas dentro de nuestro corazón y que serán un día romances del Imperio.

El poeta Luis Antonio de Vega, ha escrito la versión de estas canciones que recogerá en un libro próximo. Una misma hora conmovió nuestros campos, y a una misma hora nuestras mujeres y las mujeres de África echáronse a sentir el Gran Suceso de la guerra. Y ved ahora qué estremecimientos arranca el Gran Suceso a las moras de Er Ríf y de Tetuán. Luis Antonio de Vega vió nacer la canción:

«El verso y la flor nacen, en Tetuán, en la terraza. Un día una muchacha reúne a sus amigas. Hay un vuelo de castaños por las azoteas... La hierbabuena se mezcla con el té, y alguna esclava sube cargada con derbukas y panderos.

Las sombras se hacen afiladas y largas, y una mora, inventa letra y música de la primera estrofa.

Las amigas—manos y pies desnudos, pintados con arjeña—escuchan atentamente. Luego, todas, pulen el verso, prolongan una nota o quiebran el giro musical.

Y así, cada muchacha, se lleva en los labios la nueva canción. Y al siguiente día, en Tetuán atardece con un nuevo verso, que salta de azotea en azotea.

Y a veces se lo llevan a Arcila y a Xauen y a Larache los autobuses rojos que salen de la plaza de Muley el Mehdi. Y toda la costa y toda la montaña aprenden el verso que nació en Tetuán, el verso que nadie se toma el trabajo de escribir.

Pero Tetuán tiene sus güelfas y sus gibelinas entre las muchachas que componen canciones cuando las horas son deliciosamente pálidas. Una canción nacida en el barrio del Aiun—el barrio de las fuentes numerosas—puede dar toda la vuelta al Imperio, pero jamás será cantada por las muchachas del barrio del Belad—el barrio donde los ricos mercaderes guardan a sus esposas en primorosos patios—; y lo mismo sucede con la canción que estas últimas componen y que jamás será cantada por las jóvenes del Aiun.

Rivalidad poética cuyo origen se desconoce.

Las muchachas del Aiun dicen: «Esas mujeres del Belad apoyan las cabezas en cojines de seda y plumas suaves. Sus maridos

son fokahas y ulemas, y cada una tiene dos esclavas para que le pinte en arjeña manos y pies.

Esas mujeres del Belad no saben lo que es ir a la fuente con un ánfora en la cadera; ni lo que es recibir el sol, molido en oro, sobre la nuca, cuando se tienden los castaños en las azoteas.

Esas mujeres de Belad podrían tirar por la ventana un puñado de sus horas cada día.

Esas mujeres del Belad lo tienen todo, menos gracia para inventar una canción. Eso no lo digo yo, lo saben todas las palmeras del Imperio.

Cuando se trata de cantar, el aire viene al Aiun y nosotras le enseñamos lo que las mujeres del Belad no saben. En el Aiun vivimos las muchachas con los ojos y los cabellos más largos y los tobillos más redondos. Preguntádselo a todas las casamenteras de Tetuán. Y las que más bellas canciones han compuesto. Preguntádselo al aire, que lo sabe.»

Y las mujeres de El Belad responden:

«Si no se cuidan ni los pies ni las manos, ¿cómo quieres que cuiden la canción? Sus esteras son de esparto y de esparto los versos que componen. Nadie que se respete cantaría un cantar nacido en las terrazas del Aiun.

Nosotras escribimos la música y la letra en nuestros patios, y a un verso nacido en El Belad se le conoce porque va perfumado con agua de naranjas y lleva pintadas las uñas con arjeña.

Si andan siempre de prisa, ¿cómo quieres que tengan reposo para la canción?

Las cabileñas cantan con el río y sus cantares son azules. Las de las mujeres del Aiun tienen el color sucio de las coladas que hacen, en común, en las azoteas.

Los pájaros huyen con fastidio del Aiun. Las horas rondan las almohadas del Belad y el tiempo se hace un ovillo y se detiene ante nuestras babuchas de terciopelo bordado.

¡Hermanas, traed los violines y las derbukas y los panderos, que yo soy Nkinchaa, hija de Feton, la que inventaba canciones de esmeralda!»

En esta lid de líricos alardes que las mujeres de Tetuán suscitan en sus terrazas y azoteas, nacieron los romances marroquíes de la guerra de España. Bienaventurado el aire que nos trajo esta voz:

Este es un romance de guerra que cantan las muchachas de El Ríf:

«Me vió asomada en la tapia del huerto. Y desde entonces, todas las tardes salía por Bab el Okla sobre su mula empenachada, como si fuera un notario con barba de alcanfor.

Pero ni es notario, ni es adul, ni apenas si le ha nacido el bozo.

Su nombre lo saben las garzas y las campesinas que van por el camino de Tetuán con las jumentas cargadas con ramas de madroños.

Yo, cada tarde, subida en el tronco oloroso del naranjo, cuando él pasa montado en su mula, imito el «char char» de las cigarras.

El mira las naranjas y suspira.

Pero ayer se acercó a la tapia de mi huerto y me dijo:

Mañana, en el carro que vuela, me voy a España. Si a mi regreso oigo el canto de la cigarra sobre el tronco oloroso del naranjo, mi madre visitará a la tuya.

Pero si tus coqueterías me han de hacer morir un poco cada día, resúmelas en una sola.

Toma y carga el fusil que llevo a Franco.

Aquí tienes la pólvora y aquí las balas.

Apúntame y dispara; pero ten cuidado de no hacer diana en mi frente, porque mi frente está llena de tu imagen y, al matarme a mí, te matarías.

Ten cuidado de no hacer diana en mi corazón, porque mi corazón está lleno del tuyo, y sería tu propio corazón el traspasado.

¡Ay, amigas! Yo no cogí el fusil, pero imité el «char char» de la cigarra.»



JALIFANOS ESPAÑA



«Jaías quiere decir «hermanas». Esta canción de hermandad a las mujeres españolas, dicen en Tetuán las doncellas del barrio de Aíun.

Las mujeres españolas están tan reclusas como nosotras. Como si el Islam hubiera entrado todo entero en la Cristianería.

Las mujeres españolas se quedan en sus casas, y no descienden al naranjal redondo de la Plaza de España, ni pasean por la Luneta, ni entran chillando como golondrinas, en los comercios de esos hombres que tienen los rostros del color de la hierba seca.

Las mujeres españolas no precisan alargarse con kohol los ojos porque se los alargan con kohol de lágrimas.

Las mujeres españolas están tan reclusas como nosotras.

Como si el Islam hubiese entrado todo entero en la Cristianería.

Cuando los jueves voy al hamam y encuentro alguna de ellas en mi camino, hablo con mi corazón y le digo:

«¡Si yo supiera decir en español jaía...!

Si su pena es la pena mía y las dos lloramos hacia España; el si que ella quiere y el que quiero yo se descalzan para pasar el mismo río, y la muerte les ronda guerrera y chilaba...

¡Ay, si yo supiera decir en español jaía!



Las mismas inquietudes nuestras, igual estímulo, idénticos azares. Este es el romance de las mujeres de Tetuán al moro joven.

Levántate y no duermas, perezoso.

Con la alborada el pájaro tontón cruzó los aires.

Con él se fueron los hombres de Farhana, los que saben mirar, de frente, al sol.

Levántate y no duermas, perezoso.

Los caídos han roto las plumas y han derramado la tinta sagrada que se obtiene macerando las hojas del smak.

Y los adules, van a la guerra, con el corazón ligero, junto a los hombres de Farhana, los que saben mirar, de frente, al sol.

Levántate y no duermas, perezoso.

No esperes a que la luna se doble en el estanque, para ir a España, pues si entras con los últimos en la guerra dirán que huías las balas y buscabas el botín.

En el pájaro tontón van los caídos, y los adules y los hombres de Farhana, los que saben mirar, de frente, al sol.

Y mientras tú estés en la kabila, las mujeres nos diremos unas a otras:

Ese es Mohamed, hijo de Abdselan, el que dormía, mientras sus hermanos marchaban a la guerra. Y ninguna madre te dará su hija, aunque lleves como sedak, todos los rebaños de Farhana.

Levántate y no duermas, perezoso.

Con la alborada, el pájaro tontón cruzó los aires.

La casa del Führer en los Alpes Bávares.



Es en la vida íntima en donde se revela lo más profundo del hombre: su naturalidad. Y es en la casa donde la vida íntima se desarrolla. Por eso tiene un interés que no es mera curiosidad periodística, saber hoy cómo viven esos grandes hombres que están haciendo la Historia. Cómo es su hogar, quién su familia y cuál el marco que suscita y recoge sus imágenes cotidianas. En esta intimidad está el reposo que sugiere las grandes decisiones. Sólo así, sabiendo cómo viven estos hombres su vida, podremos comprender cómo gobiernan luego sus pueblos.

ENTRE montañas, valles y picachos en los límites de Austria y Baviera, el Führer se ha hecho construir sobre los cimientos de una modesta casita de su propiedad, el llamado Berghof, donde se retira para descansar o elaborar futuros proyectos.

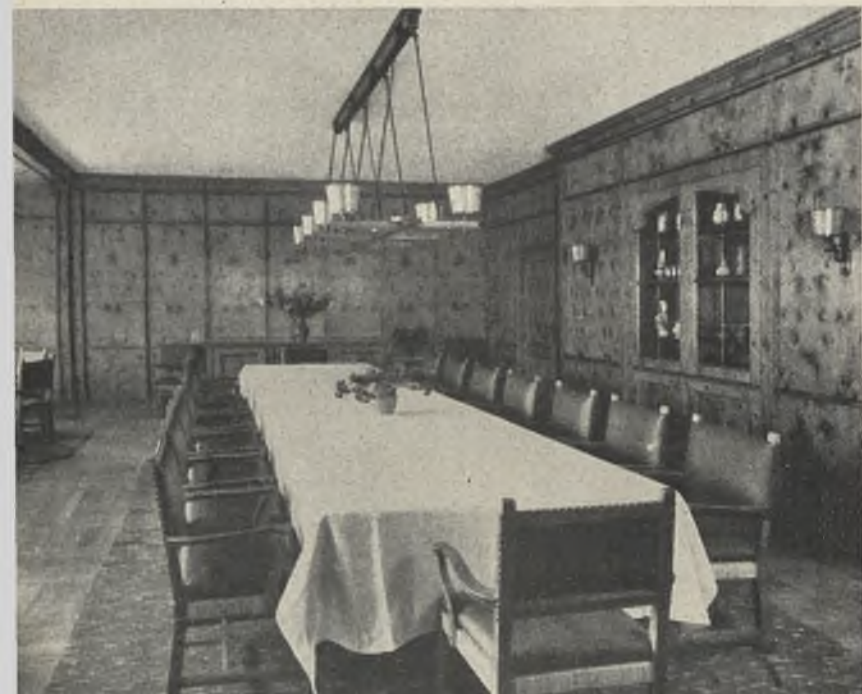
Este «refugio», construido por el arquitecto Alois Degano, siguiendo las indicaciones directas del Führer, revela, en todos sus detalles, la afición y los conocimientos arquitectónicos de Hitler. Los muebles fueron hechos por el profesor Leonhardt Gall, y la decoración es obra de la viuda del gran arquitecto Troost, a quien fué concedido, después de morir, el primer premio Alemán en el Congreso de Nuremberg.

En la construcción se emplearon los materiales que se encuentran por aquellos lugares: la piedra de Unterberg y la madera de los bosques bávaros.

Puertas, artesonados y ventanas de pino le dan un

aspecto de rústica sencillez; el detalle es sumamente cuidado, y el colorido, de tonos calientes y acogedores, revelan un gusto refinado y seguro.

Un hall, de 22,50 metros de largo por 15 de ancho, está destinado para lo que podríamos llamar vida oficial. Sin tener la grandiosidad del salón de un palacio tiene la importancia y seriedad que necesita; unos peldaños forman una especie de estrado, elegido por el mismo Führer, que da acceso a las habitaciones contiguas. Delante de una ventana, de ocho metros, que domina un extenso paisaje, está una mesa, sobre la que el Caudillo extiende sus planos y medita..., y de este maduro estudio salen



esas rápidas decisiones que sorprenden al mundo y están haciendo de su país una de las potencias más fuertes de Europa.

El comedor, de bellas proporciones, y un cuarto de estar, por el que se sale a una espléndida terraza, hacen de esta casa símbolo de la tranquilidad y el reposo, la expresión auténtica del carácter alemán, apasionado de la naturaleza, sencillo y rústico, pero artista.

En el Berghof vive siempre la única hermana del Führer, que le cuida y atiende en los días de este retiro voluntario. Es muy poca la gente que tiene el honor de ser recibida en el Berghof. Aquí la vida del Führer es, si cabe, más sencilla. Como el Führer sigue un régimen de comidas totalmente vegetariano, a excepción de los banquetes oficiales, no asiste jamás a comidas. Su vida es de una austeridad monástica, y su mayor distracción la música y los ratos que pasa con los niños.

Aquí, durante unos días, a veces unas semanas, se recoge el Führer... Por los senderos ásperos, acompañado únicamente de magníficos ejemplares de perros lobos, se le ve pasear, y no hay mayor felicidad para un alemán que encontrarse, en uno de estos paseos, con «su Führer».



EL FUERO DEL TRABAJO Y LA MUJER

El Estado Nacional-sindicalista vela por vosotras.

Grabad en vuestra mente las prometedoras palabras que el Caudillo dedica a la familia española, al promulgar el «Fuero del Trabajo», cuando declara: «Reconoce a la familia como célula primaria natural y fundamento de la Sociedad» (XII, 3).

Bastaría esa declaración para esperar del Nuevo Estado una sabia política en favor de la familia española, en la que la mujer ocupa el preeminente lugar que le corresponde, en su papel de ennoblecer y enaltecer el hogar con sus virtudes. Mas, el Estado hace promesas concretas, categóricas, que en labios de su Jefe son realidades inmediatas, y dice: «Se seguirá el embellecimiento de la vida rural, perfeccionando la vida campesina y mejorando las condiciones higiénicas de los pueblos y caseríos de España» (V, 5). «Otorgará al trabajo toda suerte de garantías de orden defensivo y humanitario, en especial prohibirá el trabajo nocturno de las mujeres y niños, regulará el trabajo a domicilio y libertará a la mujer casada del taller y de la fábrica» (II, 1). Y añade: «Se establecerá el subsidio familiar por medio de organismos adecuados» (III, 2). «Se incrementarán los seguros sociales de: vejez, invalidez, *maternidad*, accidentes del trabajo, enfermedades profesionales, tuberculosis..., etc.» (X, 2).

¿Sabéis qué significa todo ello?

Alejar de vuestras casas el fantasma de la enfermedad y de la muerte prematura; las dolencias y peligros de vuestro propio sexo, por el trabajo que muchas mujeres españolas estáis obligadas a realizar; procurar el bienestar de vuestros hijos; luchar contra sus enfermedades; contribuir a que en España disminuya esa cifra horrenda de madres que en el acto sublime de la maternidad sucumben por falta

de medios económicos, por hallarse en condiciones higiénicas inadecuadas su vivienda, o por carecer de los indispensables cuidados; hacer, en fin, que los miles y miles de niños españoles que mueren por enfermedades perfectamente evitables, puedan salvar sus vidas, contribuyendo con ello a vuestra felicidad y al engrandecimiento patrio.

¿Qué influencia ejerce el trabajo en la mujer?

Influye notablemente sobre su propio organismo; influye sobre las funciones de la maternidad, sobre la natalidad o número de hijos y sobre la mortalidad infantil.

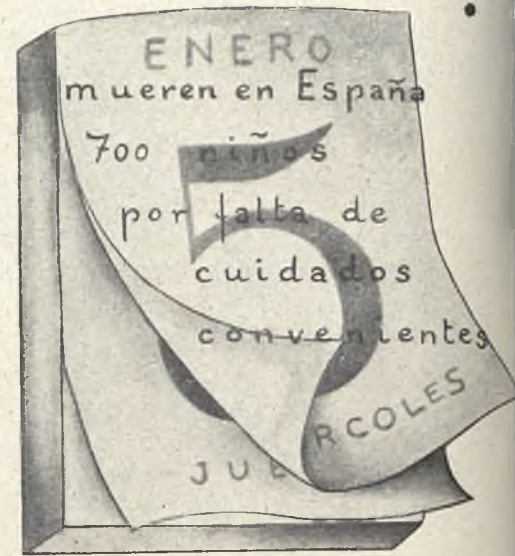
La acción perjudicial del trabajo se manifiesta en que aumenta el número de las enfermedades características de la mujer: clorosis, anemia, enfermedades de los órganos pélvicos, nerviosas, etc. En fábricas inglesas de municiones se observó que mujeres ocupadas durante 60 horas semanales presentaban una cifra de enfermedades del 91 por 100 superior a la de los hombres en las mismas condiciones; basta reducir el número de horas a 40 semanales para que esta cifra se reduzca al 78 por 100 sobre las enfermedades de los hombres. Otro tanto ocurre con el trabajo intelectual: en las escuelas alemanas se ha visto que en el tiempo que había diez enfermedades de maestras se observaron cinco solamente entre los maestros, y la duración de las mismas era de catorce días entre las primeras y sólo 6,7 entre los segundos. Las empleadas enferman en un 40 por 100 más que los empleados.

En ciertos momentos de su vida, requiere la mujer mayor reposo, presentando importantes trastornos, si carece de él.

La modalidad o clase de trabajo, ¿cómo influye?

Según la posición en que el trabajo se

¡Cada día!



realiza, sobrevienen molestias diversas: las mujeres que trabajan en máquina a pedal, presentan disturbios más acentuados: el 15 por 100, contra el 4 por 100 en las que trabajan con las manos. La posición en pie prolongada, movimiento continuo de las planchadoras, predispone a trastornos menstruales, alteraciones de la posición de la matriz, etc.

Las obreras que manejan ciertas sustancias, sufren intoxicaciones, de fatales consecuencias para la descendencia. En la cerámica de Estados Unidos se ha visto que por cinco hombres con síntomas de intoxicación por el plomo, se dan diecinueve de mujeres. Demostrativa por demás es la estadística de Agripa, que en el Congreso de Medicina de Venecia afirma que en familias con esta intoxicación o enfermedad profesional, de 141 embarazos, hubo 82 abortos, cuatro partos prematuros y cinco nacidos muertos; de los cincuenta nacidos vivos, murieron 20 en el primer año, 26 entre el segundo y tercer año, sobreviviendo a los tres años sólo cuatro niños de los 141 concebidos por padres afectados de saturnismo.

¡He ahí un ejemplo terrible, pero elocuente, de los estragos que el trabajo materno puede producir en la descendencia!

Los hechos esbozados ligeramente, la disminución de la nupcialidad y de la natalidad que se acentúa en los centros industriales, los peligros que para la familia supone el trabajo femenino, que le convierten en verdadera plaga social, como puede serlo la tuberculosis u otra enfermedad, hace indispensable la organización de la lucha contra el trabajo femenino, especialmente fuera del hogar.

Sabia política la del Estado Nacional-sindicalista, que así lo ve y se apresta a remediarlo.

DR. JUAN BOSCH MARIN

Jefe de Puericultura de la
Sanidad Nacional





VIA CRUCIS DEL SEÑOR EN LAS TIERRAS DE ESPAÑA.



I JESÚS CONDENADO A MUERTE

Esta es la señal. Veinte siglos en la gracia de Dios es demasiado tiempo para el hombre.

El pecado de origen prevalece. Y de nuevo las alas rebeldes se abren en lo profundo del castigo.

Pues ¿qué es desolación sino tu ausencia? Han sembrado los campos de sal; y la hierba nace de los huesos más antiguos.

Han condenado la Presencia única y, a voces, piden la muerte de Dios; mas la mujer que va delante lleva ya el llanto en las entrañas.



II

JESÚS CAMINO DEL CALVARIO

Señor, el hombre no puede mirarte a los ojos en vano.

Estos que salen de la ciudad van huyendo del corazón de sus padres. Y a solas en la noche se arrancan la eternidad que cubría sus cuerpos.

Mas el cielo, Señor, no se desplomará sobre sus hijos. Que ya en lo alto de las montañas, arde la carne de los mártires.

JESÚS CAE A TIERRA POR PRIMERA VEZ

Desde muy lejos han venido con las hachas al hombro, a talar las columnas del Templo.

Alguno de estos hombres lleva todavía colgada al cuello la medalla. Más ¿quién podrá reconocerse en las aguas que enturbia la crecida?

“Me acercaré al altar de Dios. Al Dios que es la alegría de mi juventud.”

Han arrancado a golpes la puerta del Sagrario, que estaba abierta. Y la mano que conoce más sangres, registra la custodia.

¿Por qué os apresurais, almas, en el despojo? Dios está aquí. Desde hace dos mil años. Él aguarda esta celebración. Abrid ya sin recelo las puertas y ventanas; no temais que rehuse esta profanación que imaginasteis. Él permanecerá; que cuando el hombre le condena está de Él necesitado.



IV

JESÚS ENCUENTRA A SU SANTÍSIMA MADRE

¿No ardieron ya la campana y la piedra? El mármol de las tumbas, ¿no ardió?

Mas el hombre quiere que también arda el Misterio.

¡Oh Señor y Dios mío! El que te oyó decir: “Hijo, he aquí a tu madre”, viene a rendir lo eterno.

La misma lámpara que custodia tu altar, bien puede servir para prender fuego a su manto.

¡Oh que festín de sombras, Dios mío, en esta noche que se acerca!

Cuando al amanecer vengan de nuevo las mujeres, ellas señalarán la frente de sus hijos con las cenizas que dejaron.



V

EL CIRINEO LE AYUDA A LLEVAR LA CRUZ

¡Mirad este hombre que llora en silencio! Unas vecinas han advertido que le tiembla la luz en los ojos. Y le increpan, diciendo: “¡Pues tan fácil corazón tiene el hombre, atémosle al cuello este Cristo y váyase a llorar en el fondo del río con él!”

Señor, la muerte se derramará sobre todas las cosas; honda será la purificación. Y aun este río que amargaron los odios volverá a referir la primavera.



VI

LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESUS

Una mujer se adelantó del mundo. Y abrió la ira de la gente, Señor. Y fuerte de la gracia, enjugó tu rostro. Y nadie la impidió. Porque era fuerte



JESUS CAE POR SEGUNDA VEZ

Los más recios subieron al castillo, y derribaron tu imagen. Y uno partió la piedra a golpes de hacha.

Pero ninguno hubo que pudiera evitar la noche de aquel día.



VIII

JESÚS CONSUELA A LAS SANTAS MUJERES

Arrastraron al Cristo por la calle Mayor. Iban todos tras Él y hasta los más ancianos reían al ver saltar en astillas la sonrisa de Dios contra las piedras de la calle.

Sólo estas mujeres se quedaron vestidas de negro dentro de sus casas. El cortejo, gritaba fuera, enardecido. ¡Ya echan al fuego la imagen torturada; ya su sonrisa arde como último despojo de lo eterno!

Pero aquellas mujeres, aún verán cada tarde la sonrisa de Dios en el viento.



IX

JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

¿Qué poderosos brazos te retienen? La tierra todavía...! Ni esta legión de mártires que han tomado su cruz puede evitar que la sangre te allija por la tercera vez. Así, cerca del hombre.

¡Sudor tuyo es el barro de esta segunda creación, y suspiro final, oh Dios mío, será el soplo que conmueva esta carne! Si nuestra vida se concibió en tu muerte, ya la muerte del hombre va con él.



X

JESÚS DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

Porque "amaron la hermosura de tu casa, y el lugar donde reside tu gloria".

Y ya el cáliz es oro solamente. Y es solamente leña el altar. Y ropa es el pecado el ornamento de la Pascua.



JESÚS CRUCIFICADO

Aquel te crucifica que destruye tu cruz. Pues en dos mil años, ¿no había de enriquecerse el mal?

Si la cruz arraigó, nosotros podremos arrancar el árbol

Si sus raíces conmueven ya la entraña de la tierra, pues con las manos arañaremos hasta llegar al fondo del sepulcrol

Y estos huesos antiguos, contextura del Tiempo. ¿No valdrán para los perros de la calle?

¡Oh Señor no estaba el fin agotado en la muerte. Todavía podemos apuñalar los ojos de este Cristo.



XII

JESÚS MUERE EN LA CRUZ

El tiempo se abre. Esta es la distancia de la muerte. La eternidad ya tiene límites y banderas. Cuando mis manos acaricien el mar, yo pensaré que ya es posible la plenitud del hombre.

El cielo se suscita, ¡oh divinidad consumida en mi sangrel

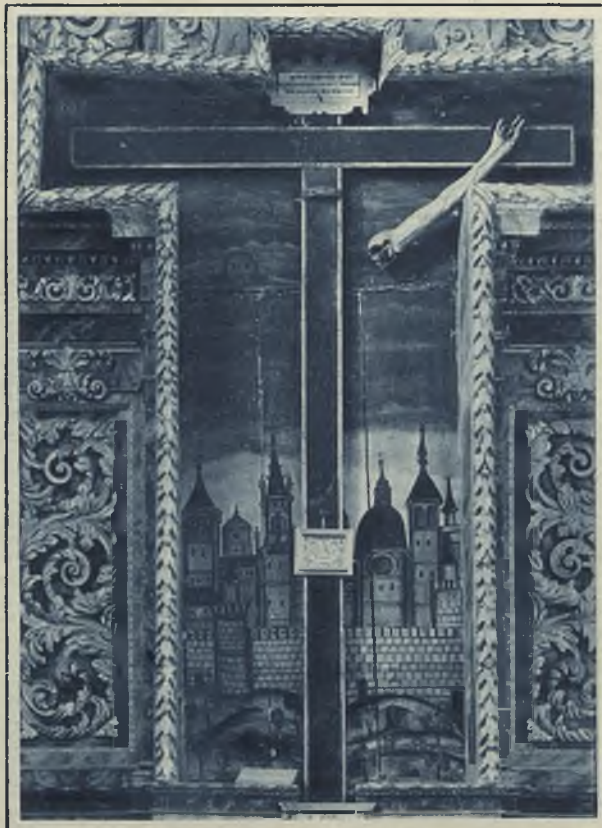
Como cansados pájaros han caido las brisas del árbol. Y aun los que viven lejos, los que nada sabian, han hecho la señal de la cruz y se han estremecido, porque sintieron luego el frío de la muerte.



XIII

EL DESCENDIMIENTO

Y la mujer que iba delante arrancó Tu cuerpo de la Cruz. La madera, ya seca por un fervor de siglos, crugió con la conciencia de la carne. Solo tus brazos no pudo deshacer y penden del madero para abarcar el mundo todavía.



XIV

JESUS ES SEPULTADO

Una a una rocen las astillas dispersas y, cuidadosamente, borran la sangre que vertieron. ¡Que nada indique la presencia de Dios! Pues yo os digo que sobre cada brizna del despojo levantarán los ángeles su nueva catedral.

Mas en vano destruiréis las señales; que a esta tierra le duele ya el corazón y muy pronto va a nacer la primera rosa.

¡Oh tierra mía donde la Presencia permanece! ¡Elegida provincia del Señor, España, donde la vida se renueva! Aquí es donde gnardo mis antepasados que dan la lejanía a mis ojos. Y todo cuanto alcanzare la distancia está ya ungido de la existencia del Señor.

Los campos han reanudado la delicia. Y el Enemigo huye llevando entre sus manos una forma vacía de la muerte.



HISTORIA DE LA SECCION FEMENINA

Por PILAR PRIMO DE RIVERA

(Continuación)

Fuisteis fuertes como mujeres bien templadas, camaradas de las Secciones Femeninas de Falange.

Porque exponiéndoos a las persecuciones y a la muerte, repartisteis las propagandas nacional-sindicalistas.

Y era porque vuestro corazón estaba lleno de fe.

Sabíais que aquellas enseñanzas ofrecían a los españoles, la Patria, el Pan y la Justicia.

Aquellas hojas hablaban a las gentes cosas que no querían oír.

Porque para ellos era más cómodo seguir en la vida fácil, que entregarse voluntariamente a la dificultad y a la lucha.

Y vosotras creisteis, desde el primer momento, que sabíais que José Antonio os hablaba con verdad.

Y fuisteis por los campos y por las aldeas, por las casas y por las tiendas, hablando de servicio y de sacrificio. Y entregábais a los hombres aquellas propagandas, que eran las normas justas de un Imperio.

Pero ellos no supieron entender aquellas cosas que sólo para los escogidos estaban destinadas, y era porque sus corazones los tenían llenos de doblez.

Y os trataron como a mujeres necias.

LA PROPAGANDA

Desde el primer momento fué difícil difundir las propagandas Nacional-sindicalistas, porque desde el primer momento y como si todos los gobiernos que se iban sucediendo se hubiesen puesto de acuerdo, las prohibían terminantemente. Así, que además de la que con repartos públicos de hojillas hacían las milicias de Falange desobedeciendo las órdenes de la Dirección General de Seguridad, las mujeres de la Sección Femenina iban por los cines y por los cafés, por las tiendas y por las calles de las ciudades y pueblos de España dejando por todas partes la propaganda del Movimiento.

Porque también las mujeres fueron un buen medio para difundir las ideas nacional-sindicalistas, ya que todavía no eran tan sospechosas para la Policía como los hombres. Y con esa alegría con que se hacía todo en la Falange, se les dió a las chicas propaganda y sellos para que los repartieran y los pegaran por todas partes.

Los tranvías, el «metro», los faroles, los escaparates de las tiendas, los cafés, las butacas de los cines, todo era bueno para dejar pegado un sello de socorro de presos o para soltar una hoja de propaganda sin que las vieran los guardias, que, como en los cuentos de niños, por donde pasaban las mujeres de la Falange quedaba siempre marcado el camino con el signo del Yugo y las Flechas.

Unas veces pintando en las paredes con las barras de los labios, para que quedaran en rojo bien señalados; otras, apareciendo las hojas clandestinas y los sellos de cotización debajo de los platos, en algún bar donde las chicas habían tomado un refresco, o echadas las hojillas, como cartas, en los buzones de Correos, para que las leyesen los carteros, y hasta dentro del mismo Ministerio de la Gobernación encontraron un día, pegados por las mujeres nacional-sindicalistas, los sellos de cotización de la Falange.

Porque era tal el entusiasmo por esta especie de deporte callejero, que las camaradas en vez de reunirse a la salida del trabajo para merendar o para ir al cine, como hubieran hecho dos años antes, se citaban en el Centro para salir por parejas a pegar sellos por todas las esquinas, o para tirar por encima de las vallas de las casas en construcción, las hojas de propaganda, con el fin de que al día siguiente, cuando entraran los obreros a trabajar, pudieran leerlas y se dieran cuenta de que la Falange no era enemiga de ellos, como les aseguraban sus dirigentes. Y de nada servían las amenazas de la Policía, ni los continuos registros a domicilio ordenados por la Dirección de Seguridad para que las camaradas de la Sección Femenina dejasen de guardar en sus casas la propaganda de Falange, aunque fuera debajo de una losa, y eran ellas las que escribían los miles de sobres en donde se metían las hojillas que después los camaradas echaban por todas las puertas para que los españoles conocieran nuestra doctrina.

De esta manera tan trabajosa hubo que hacer siempre la propaganda de la Revolución Nacional, porque desde el momento en que José Antonio alzó bandera contra las injusticias de la Patria, fueron prohibidos inmediatamente todos los medios de difusión del Nacional-sindicalismo. Pero como nuestros camaradas se dieron cuenta de que lo que se pretendía era que no conociese nuestras consignas el pueblo, acudieron todas con entera decisión para que por cualquier medio llegaran las propagandas a la gente. Y dándose cuenta de que tenían que suplir con el riesgo y el esfuerzo personal la falta de dinero y de apoyo nacional con que tropezó siempre la Falange, cada uno se esforzaba en hacer más propaganda que las demás, porque estaban



En las butacas de los cines...



...unas veces pintando en las paredes con las barras de los labios.



En vez de reunirse para merendar o ir al cine, se citaban en el Centro para salir por parejas.



Apareciendo las hojas clandestinas o los sellos de cotización debajo de los platos...



...en las paradas de los tranvías.

seguras de que para España no había más salvación que la Revolución que en aquellas hojas se predicaba. Por eso nuestros enemigos, que lo sabían, se afanaban en hacer callar a aquellos propagandistas, con tiros, con calumnias, con desprecios, encarcelando a nuestros camaradas; pero nuestra fe y nuestro ímpetu revolucionario era más fuerte que todas las persecuciones, y no nos importaba, como ha dicho José Antonio, dejarnos «la piel y las entrañas en la lucha». Así, cada camarada que se iba a su pueblo, se le daba un montón de hojas con los 27 puntos nacional-sindicalistas para que las repartiera entre los vecinos; y si salíamos por carreteras, al pasar por cada aldea, tirábamos en la plaza la propaganda de la Falange y nos llenábamos de gozo cuando veíamos por la ventana de detrás del automóvil, cómo los campesinos se tiraban al suelo para recoger aquellas hojas, que no les pedían votos, sino que les hablaban de servicio y de sacrificio, y les decían que la Falange «iba a devolver a los españoles los sabores antiguos de la norma y el pan».

Y veíamos también con qué timidez las leían algunas personas, porque todo lo que en aquella propaganda se decía estaba prohibido y ellas no podían exponerse a leer unas cuartillas que estuviesen fuera de la ley.

Y últimamente, en mayo de 1936, cuando ya José Antonio estaba en la cárcel y dirigió la Falange el manifiesto a los militares, fueron las mujeres del Movimiento las que se encargaron de escribir, en sobres de distintos colores y con sus letras femeninas, todas las direcciones, para que no sospechasen en Correos que aquellas cartas eran subversivas. Y así llegaron a todos los cuarteles de la Península, de las Islas y de Marruecos.

Y el 17 de julio se levantó el Ejército con la Falange, en contra de aquel Gobierno de Casares Quiroga, que quería hacer de España una colonia rusa.

El primer manifiesto de la Sección Femenina llamando a las mujeres a la Falange, salió en 1934. Lo escribió José Antonio, y entre toda la Sección Femenina de Madrid reunieron veinte duros para imprimirlo. Decía así:

«Falange Española de las J. O. N. S.

Mujeres españolas:

Falange Española de las J. O. N. S. incorpora nuestra ayuda a su tarea.

Reclama nuestro esfuerzo como contribución al duro propósito de hacer una España más grande y más justa; una España con la fe recobrada en sus magníficos destinos y con la vida de todos sus hijos elevada hasta el punto que la dignidad humana exige.

Nuestra misión no está en la dura lucha, pero sí en la predicación, en la divulgación y en el ejemplo. Y además en alentar al hombre con la seguridad de que lo entendemos y compartimos sus inquietudes.

Nosotras, mujeres españolas, no sólo padecemos los males que a España entera alcanzan, sino que somos heridas directamente por efectos que a nosotras especialmente toca sufrir; asistimos al espectáculo de las angustias internas en las casas, acongojadas por los efectos de una economía injusta y absurda, y el fracaso espiritual de tantos hombres que tenemos cerca: padres, hermanos, maridos, hijos, a los que una época sin fe en Dios ni en España llenó de aridez y desaliento.

Por España, por ellos y por nosotras mismas hemos de imponernos todo sacrificio para recobrar el ímpetu, la justicia y la alegría de España. Por duros que sean los trabajos, valdrá más el precio de alcanzar las horas de una nueva y eterna España, grande, justa y unida.

¡ARRIBA ESPAÑA!

(Madrid, 1934).

Sólo se pudieron hacer veinte mil ejemplares, que se repartieron cuidadosamente entre todas las provincias, con la consigna de que cada provincial debía reproducirlo para que se multiplicase la propaganda. Pero el dinero era cosa que en la Falange escaseaba de tal manera, que en la mayoría de las provincias no pudieron ni reunir las cien pesetas para mandar hacer más.

Pobre de presentación, por falta de dinero, era siempre la propaganda de la Falange. Pero qué cosas decían aquellas hojas escritas por José Antonio, por Rafael, por Raimundo, por Onésimo. Qué carteles aquéllos de las elecciones de febrero, en que escuetamente se leía, sobre un mapa de España: «El 7 de octubre hubo puestos para la Falange.» Queriendo recordar la revolución de Asturias, en donde, como dijo José Antonio, «todos los puestos de la vanguardia y de la retaguardia fueron para Falange», en donde ya a tres camaradas nuestros se les dió la Laureada y la Medalla Militar por su heroico comportamiento en Asturias y en León contra las masas levantadas en armas por el comunismo.

Queriendo recordar aquella manifestación de Falange que salió por las calles de Madrid, el 7 de octubre de 1934, para levantar el ánimo de los ciudadanos, cuando todavía las calles de Madrid estaban abatidas por las pistolas de los socialistas.

Pero entonces en aquellas elecciones, según las derechas, «no había sitio para los nombres de los falangistas en las candidaturas».

Además, el *F. E.*, el *Arriba* y el *No Importa*, los tres periódicos que publicaba la Falange en Madrid, cuando quería el ministro de la Gobernación, que solía ser muy pocas veces, y el *Liberidad*, que salía en Valladolid. La venta de estos periódicos costaba todas las semanas una o dos víctimas, y, sin embargo, cada semana había más voluntarios para salir a la calle a venderlo.

Cada una de las afiliadas a la Sección Femenina, compraba cuatro o cinco números para repartirlos entre las gentes que por miedo o por odio no los leían, porque no había más remedio que dar a conocer a los españoles todas aquellas cosas nuevas que decían nuestros periódicos. Y las chicas iban en los tranvías y en el «metro» con los periódicos extendidos a todo su tamaño para que el cobrador, el que se bajaba o se subía, el del asiento de detrás, todos, leyeran las palabras revolucionarias de José Antonio, que quizá sólo por aquel procedimiento llegarían hasta ellos. Porque no se les olvidaba a la gente de España, que uno de nuestros primeros Caídos, Francisco de Paula Sampedro, murió asesinado en la calle de Alcalá sólo por leer en público el *F. E.*, y, claro, después de aquéllo los había tan prudentes que no se atrevían a comprar el semanario de Falange.

Y así, sin periódicos, porque el del partido estaba siempre suspendido por el Gobierno y sin calor de la prensa de izquierdas ni de derechas, porque intencionadamente silenciaban nuestros mítines y nuestros servicios, se iba haciendo sólo con el esfuerzo de los afiliados la propaganda revolucionaria de esta nueva verdad que José Antonio enseñaba a los españoles. Y cada hombre rendía, en esfuerzo personal, como diez hombres, y cada mujer se esforzaba, como diez mujeres. Porque nadie, absolutamente nadie, ayudó nunca a nuestros camaradas. De esta manera y con la muerte impasible de nuestros Caídos, se iba formando, día tras día, la Falange, y en España un clima nuevo movido por la fe de la Juventud.



INVITACIÓN AL VIAJE

por Agustín de Figueroa

«Turismo» es de las palabras que mejor responden a modernas normas y afanes.

Al que realizaba en otro tiempo su deseo de conocer nuevos climas y horizontes, se le llamaba únicamente viajero. Decir viajero entonces, casi equivalía a decir aventurero. El viajero, por lo regular, era un hombre excepcionalmente arriesgado y dinámico. Por eso, narraba sus viajes como pudiera hacerlo ahora el que realiza una hazaña o gana una batalla. Y esto era, en realidad, viajar: librar una gran batalla en contra de los elementos, sortear de continuo dificultades y obstáculos sin fin. Cada viajero era un pequeño Marco Polo.

«Turismo», en cambio, tiene otro sentido. Significa dis-

ban con monarcas españoles, despedíanse para siempre de sus familiares. Siendo distinta la trascendencia del viaje, forzosamente había de ser otro que en nuestros días el sentido de la despedida. Pero no hemos de remontarnos a época tan lejana para apreciar las dificultades que todo desplazamiento suponía antaño. La peregrinación de Chopin y George Sand a Mallorca, fué más arriesgada y azarosa que cualquier expedición actual a una isla remota. Y si habitaron la célebre cartuja de Valldemosa, dejando en ella para siempre el prestigio de sus románticas sombras, fué por no hallar alojamiento posible en Palma.

Quince días empleaban nuestros bisabuelos en ir de Ma-



tracción, confort, agrado. Nada más distinto al turismo que las jornadas penosas y áridas referidas por una gran viajera española: Catalina de Erauso («la monja alférez»).

Al abandonar su patria las princesas de Francia que casa-

drid a París; y aquellas víctimas de las diligencias y sillas de postas, de los malos caminos y de las malas posadas, jamás hubieran sospechado que la misma distancia pudiera franquearse en pocas horas.



A principio de siglo, las señoras intrépidas y decididas a todo, suben a los primeros automóviles, provistas de gafas, forradas de pieles y envueltas en velos.

He leído recientemente una novela escrita en 1908, cuya heroína, al regresar de sus excursiones, maravillada de su audacia, aturdida por la velocidad, dice a sus amigas: *Machère, nous avons fait du 20 a l'heure! C'est fou!*

* * *

El perfeccionamiento de los vehículos, la comodidad y la rapidez han restado no pocos encantos al viaje. Merimée y Teófilo Gauthier no hubieran escrito tanto sobre España, de haber empleado el sudexpreso o el avión. Se viaja hoy día de una manera demasiado fácil y muelle. En todas partes del mundo nos espera el mismo hotel, la misma sonrisa solícita del portero, la misma habitación impersonal. Todo está organizado, previsto. Viajar, no es siquiera caro. Hay, incluso, quien viaja durante varios meses por ahorrar. «Me voy a Egipto—decía una dama francesa—. Un crucero me cuesta más barato que dos meses en París.»

La misma vuelta al mundo sólo constituye hoy una larga y grata excursión. Paul Morand expresa esa facilidad, tal vez excesiva, de abarcarlo todo, en el título de su libro: *Rien que la terre*. Nada más que la tierra..., que equivale a decir: «¿Esto es todo? ¿No hay otras rutas fuera de este planeta pequeño, limitado?» Al turista que ha dado la vuelta al mundo, le queda, pues, cierta tristeza. Es el hombre sin curiosidad, sin meta, a quien ya no queda nada por conocer.

* * *

Tal vez el mejor momento de un viaje sea el de prepararlo. Ningún cielo es tan absolutamente azul como el de los carteles de Cook. Pero también vale la pena de irse por el encanto de volver. ¡Volver! Es decir, reanudar la vida normal, apreciándola más que nunca. Poder recordar en una buena butaca, al amor de la lumbre, la emoción intensa, el incidente cómico, la visión deslumbradora... Todo viaje se embellece a través del recuerdo. Con deleite, recordamos el jardín fragante, la ciudad arcaica, los encantos de la travesía, mien-

tras que pasa a segundo término y acaba por esfumarse todo contratiempo: la maleta robada, la impertinencia del aduanero, el excesivo cansancio de una jornada, el tren perdido...

Olvidamos, incluso, las sorpresas que a veces reservan los lugares «oficialmente cálidos». Mi primera semana en Mallorca, por ejemplo, fué lluviosa y destemplada. Los naturales, del país experimentan en tales ocasiones un azoramiento análogo al que nos produce la plancha cometida por una persona de nuestra familia. «Los más ancianos del país—me aseguraban con insistencia, como disculpándose—, no recuerdan un frío semejante.»

* * *

Se viaja por muchos motivos: por esconder un gran amor, o por huir de un gran dolor. Hay el viaje de novios, que, a mi juicio, no suele hacerse en momento oportuno. Debiera realizarse más tarde, al surgir la primera nube en el horizonte conyugal, cuando ya los interesados no se bastan uno al otro. Hay también el viaje «para olvidar». Es el que imponen los padres sensatos a la jovencita enamorada, cuando pretenden truncar el idilio que no les conviene. «Un viajecito... y olvidará.»

Y el viaje que se hace demasiado tarde. «Siempre soñé—me decía una mujer llena de ingenio—ir a Venecia con un amante. No he ido hasta los sesenta años... con mi dondella.»

* * *

Sería injusto no hablar ahora de los viajes más frecuentes y dignos de admiración: Los que realizan, incansables y dinámicas, las viejas inglesas. Provistas de *kodak* y el *Baedeker*, con los mismos zapatos, la misma sonrisa y la misma exclamación ponderativa, constituyen una secta errante. Son las mismas por doquier: en la plaza de San Marcos, entre los callejones de Toledo, ante los frisos del Partenón o la mezquita árabe. Son las viajeras más «puras», las que verdaderamente viajan por «recreo», las que mejor se enteran de todo, las que se extasían ante el monumento célebre, sin necesidad de verlo reflejado en unos ojos queridos. Y es que para apreciar el estilo de la columna y los relieves del capitel, para apreciar la escuela de determinado pintor, los siglos de una catedral, para escuchar las explicaciones del inevitable cicerone, tal vez sea preciso no sentir la emoción de una gran felicidad ni el lastre de una gran pena.

* * *

Por el placer de partir o el de tornar, para amar o para olvidar, por renovar nuestras ideas y enriquecer nuestra cultura, viajemos, cuando el arco iris de una paz triunfal resplandezca sobre España. Empecemos por conocer detenidamente nuestro propio país. Que nadie acuda con frecuencia a París y a Londres sin conocer de antemano Galicia, las Baleares y tantas otras regiones maravillosas.

En ese futuro inmediato, los turistas, más que nunca, acudirán en tropel a nuestra Patria. España ha de ofrecerles, junto a la belleza de sus monumentos y el orgullo de sus ruinas, la emoción de sus laureles frescos y de sus gestas renovadas.





Pormenor de la Crónica

Para el día de mañana, cuando la perspectiva de los hombres pueda abarcar el ámbito inmenso de nuestro día de hoy, escribo el pormenor de la guerra, briznas heroicas del poema nuevo como chispas de luz que saltan fuera del Tiempo y de la Historia. Son trozos de metralla que recojo por caminos y ciudades; las pequeñas porciones de la guerra que los cronistas dejan a este lado del tiempo, como desperdiciadas. Esta es la miniatura, que apenas si se puede contar, porque toda ella es sentimiento. En cada pormenor—y así es su gloria—hay un verso posible.

COLEGIALAS EN DOMINGO DE GUERRA

En las afueras del pueblo han instalado la batería. Hay un bello pinar y una fuente. Y es domingo en la tarde. Las monjas del Colegio de San José sacan a pasear las niñas, a gastarse en el aire libre las tres horas de la recreación. Y como el lado del río es insano, toman camino del pinar, que es gloria ver cómo le halaga junio.

Yo las veo pasar junto a la batería. Las niñas, paliditas de Dios, van y vienen por la pradera con sus medias de lana y sus vestidos largos de lienzo gris, mientras las madres «de su guarda» se quedan en tertulia sin «mundo», más cerca del pinar. Unos soldados, que van llenos de campo por dentro, limpian los cañones, cantándole a la vida; y hay un cielo lejano.

Cuando se abren las cinco de la tarde, las monjas llaman a formar con suaves palmadas y jaculatorias: *Benedicamos Dómino*. Y las niñas, encendidas de sol, les acuden corriendo: *Deo gratias*. La más osada, que se riza a escondidas el pelo, le dice a Madre San Joaquín:

—Son del siete y medio, Madre, como los que pasaron por la plaza el viernes.

—¡Jesús, Jesús, y qué cosas saben ahora las niñas! Y la Madre Nieves, recadera de santos y enlace virginal con el mundo, dice:

—¿No recuerda la Madre San Joaquín aquella bomba que cayó en el patio, junto al palomar? Pues era del siete y medio; pero gracias a Dios no llevaba espoleta.

De dos en dos, formadas para la lucha enorme con el demonio, van las huérfanas, desandando su recreación, cada vez más lejos de la batería del pinar.

EL SOLDADO NOVICIO

Es soldado de infantería en un cuartel de Burgos y es novicio de monje—en un monasterio de Beneditinos.

Estaba en retiradas teologías aprendiendo el cielo, cuando una tarde, el hermano guardián, que va y viene al mundo, trajo a la paz de Dios noticia de la guerra.

—Dice don Julián, el médico, que han llamado a la quinta del treinta y siete.

Dos novicios quedáronse prendidos en la redada militar; pero el uno es miope y no sale del alma,

mientras el otro es sano como un requeté y le vale a la guerra. Así es. El Padre Abad le ha bendecido: «Sé siervo de la Patria, hijo mío, sin dejar de ser siervo de Dios, más con su ayuda.» Y se fué al mundo, a pelear.

Es sábado en la tarde y vemos juntos en el coche de los viajeros, que rezuma sol.

—¿Vas a tu pueblo con permiso?

—Voy a Silos, a pasar todo el día de mañana.

—También yo voy allá. Hay que apurar la paz que nos queda.

Le huelga el uniforme ancho y tieso, con los lequis plisados para coger su talla.

—¿Cómo lo pasas en el cuartel?

—Bien me va. De aquí a poco nos llevarán al frente. Pasan fatiga los que no están hechos, pero todo es hacerse.

—¿Eres labrador?

—No, señor; soy monje: lo seré si Dios me vale. Monje de San Benito.

Cuando llegamos al convento se nos hace un revuelo místico en torno. El hermano portero ha dicho: «¡Mira, Tomás; y qué bien que le prueban los trabajos de guerra...!» Todos los novicios que andaban sueltos por la recreación, vienen corriendo al claustro y le miran estar con festejo; los oblatos se asoman por la ventana alta de la portería con los ojos abiertos, abiertos... Todo es en torno suyo y él no sabe qué hacer de su sonrisa. En esta limpia paz del claustro huele a naturaleza disipada su sudor cuartelero, su ropa, su macuto. Un novicio le señala el tabalí:

—Y eso, ¿para qué sirve?

—Para el machete—dice él—. Y esto es la cartuchera.

Apresurado por el rumor que se alza, llega el Padre hospederero.

—Vamos, vamos; cada cual a lo suyo. Dejadle estar. Y tú, soldado, sube a besar la mano de nuestro Padre. ¿Has entrado a la capilla, a dar gracias? ¡Qué disipados os hace el mundo...! Arriba, en tu celda, tienes el hábito, como tú le dejaste.

Pasó el domingo en su paz. Yo le vi bajar a completas en la fila de sus compañeros; le vi en la huerta y en el refectorio. Un día entero tuvo para sí, y vino al monasterio a gastarse la libertad entre los suyos. Se incorporó a su vida, rezó sus horas. ¡Con qué fruición se llevó el tiempo aquel día!

Cuando a la mañana siguiente nos volvimos, juntos de nuevo, a la ciudad en el primer coche que pasa por Castilla, abriéndole a los campos el alba, yo no sabía qué decir. Poco a poco, camino adelante, con la lenta armonía de la luz que se abre, se fué también abriendo su silencio. Me dijo:

—El pobre hermano Luis ha vuelto a recaer. Estaba ya tan fuerte, y ahora...

Unos arrieros suben en Covarrubias hablando de las mulas y los trigos. Las cigarras apuran los nogales. En la plaza de Santibáñez hay un soldado herido, llenándose los ojos de sol. Es la guerra que aún vive.

Laus Deo.

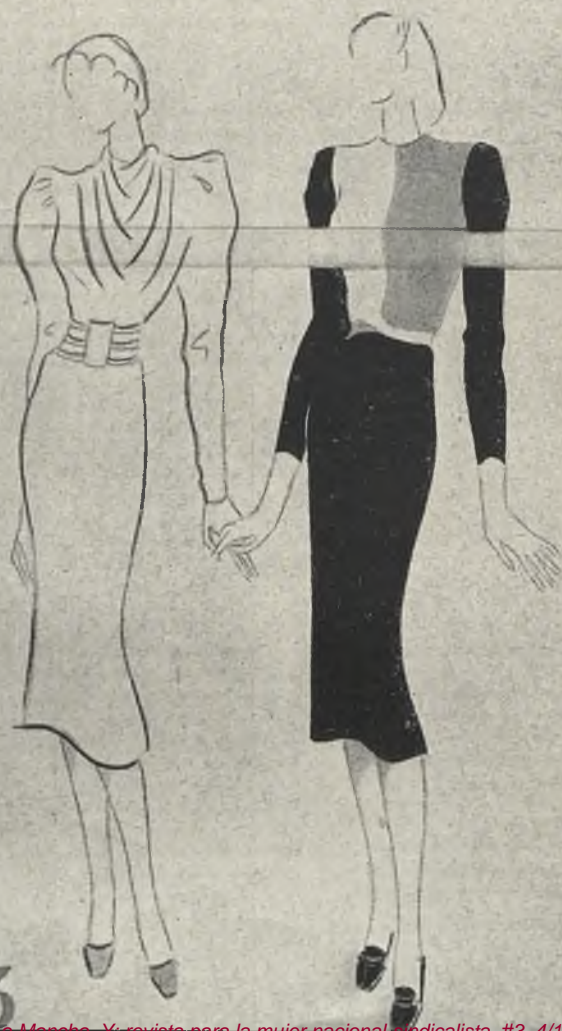
ROGATIVA DEL VIENTO POR EL CAMPANERONERO DE TORO

Al campanero de Toro se lo han llevado a la guerra. Es mozo, y hoy la mocedad está de fuego. En ciudades y aldeas, por granjas y cortijos, quedan, como silencios vigorosos, unas ausencias hondas. A veces sólo una casa o una huerta lo sabe; a veces participa toda una vecindad; otras, aún, trasciende a todo un pueblo. Así en Toro. Al campanero de Toro se lo han llevado a la guerra, y todo el pueblo lo ha sabido, porque las campanas tienen desde ayer una voz diferente. Diríase que están emocionadas también ellas. Aquel donaire con que se abalanzaban unas tras otras, corriendo al campo los maitines; aquella voz de víspers al paso de los ángeles; aquel picotear al aire de la campana «chica» por entre el diálogo agosto de la «Nona» y la «Agueda», ya no va con el cielo de Toro, la ciudad lampadario de Castilla.

Doña Consuelo se ha quedado dormida hasta las siete y cuarto por no heber oído el toque, aquel toque de siempre, que conocían ya todos sus sueños. ¡Qué revuelo de velos retardados! La Junta de Damas ha ido a hablar con el señor deán y la señora de don Rafael, coronel retirado que aún conserva el bigote de sus fuertes oficios, ha prometido gestionar de su esposo que traiga de asistente al campanero. El cielo está desconocido. ¡Qué revuelo, Señor, en la piedad de Toro porque la guerra se llevó al campanero!

M. A.

Saber
cómo aprovechar
el vestido
pasado
de
moda?



1

Sencillez en la línea de las mangas. Unas bandas unidas de color liso y bien entonadas con el fondo estampado, forman la parte inferior del cuerpo y el talle.

2

De un vestido entero estampado puede utilizarse la falda. Una blusa de color liso bien entonado con el estampado, de línea muy nueva. Y una ancha banda hecha del cuerpo, darán un conjunto sumamente atractivo.

3

Un traje de paño negro. Sus mangas exageradas se reducirán a sus justas proporciones. Un chaleco azul claro y violeta pondrá una nota inesperada y alegre en el conjunto.



Una bata encantadora y muy sencilla de hacer. Se toman dos trozos de tela exactamente iguales y de la anchura necesaria desde el hombro al suelo.

Ancho 80 cms.

Unense con una puntada las dos esquinas superiores para formar el hombro.

A la altura del talle se colocan dos cintas que se anudan en el lado opuesto. Se hace exactamente lo mismo con el segundo trozo. Y para terminar, una ancha banda se ciñe al talle.

En una seda suave y flexible que permita toda la gracia a unos pliegues particularmente favorecidos. Volvería a la mujer más viajera.



LA ÓPERA,

DECADENCIA TEATRAL

UNO de los hombres que más han amado al teatro, Serge de Diaghileff—sátrapa y nómada—, anunciaba ya, en ese mundo lejano del París de la ante-guerra, el peligro que para el teatro representaba la decadencia de uno de los géneros teatrales que más había deslumbrado y con el cual se había pretendido llegar a una perfección que defectos intrínsecos hacían imposible. La muerte de la Ópera—decía—, amenaza con arrastrar tras de sí a todo el teatro. Porque la Ópera ha muerto, pese a que aún —y en buen hora— se represente *Tristán* o *Traviata*; ha muerto aun cuando teatros dotados con fuertes subvenciones sigan ofreciendo a las viejas cortes europeas reposiciones empolvadas de gloria y estrenos a los que es piadoso calificar de medianos; la Ópera ha muerto como posibilidad de futuro.

La ópera viene al mundo con una nueva altura allá, en el XVI, cuando el Renacimiento terminaba de abrirse como una gran flor de piedra. Se creía desenterrar la antigüedad, cuando en realidad lo que se hacía era crear un nuevo estilo en todas

las cosas. La primera ópera, representada en Florencia, trataba de resucitar el coro griego y la melopea. El nuevo género, halló favor; se pensó, y no sin motivo, que con la incorporación de la música y el baile a la representación trágica, se había logrado la forma más perfecta de teatro. Pronto el nuevo género es conocido en todas las florecientes ciudades italianas; Venecia construye la primera un teatro especial para tales espectáculos, el San Cassiano, precursor de tantos alcázares como se habían de levantar después en honor de la feliz unión de Melpomene y Euterpe.

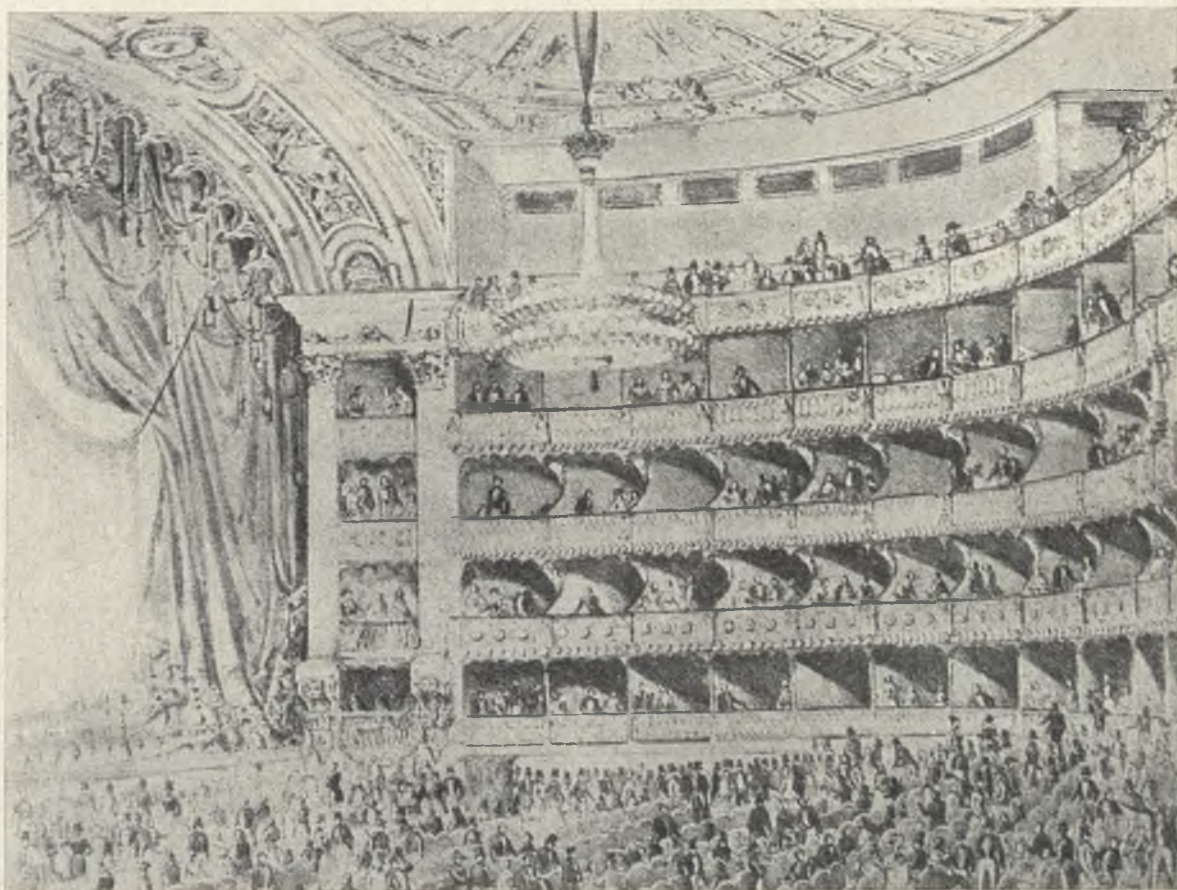
Catalina de Médicis introduce en París los espectáculos a la manera florentina. Uno de éstos, *le ballet comique de la Reine*, representado en el Petit-Bourbon en 1581, contenía música, poema y baile y traía a escena las divinidades del Olimpo; los encantamientos de Circe y el bosque de Pan, además de muchísimas ninfas, sátiros y tritones. Este espectáculo duraba cinco horas y su coste, aproximadamente, osciló entre tres y cuatro millones.



Pero el equilibrio de los tres elementos, música, recitado y baile, no había de tardar en romperse; en la corte de Francia prospera el *ballet*, donde representa a veces el propio Luis XIV, mientras que los italianos se declaran partidarios del *bel canto* y nacen las óperas propiamente dichas, tal y como nosotros las hemos conocido: el texto y la acción dramática pasan a un segundo plano y el interés se concentra en la música y, lo que es peor, en cómo sostiene una nota difícil le divo de moda.

Una mujer admirable, madame de Girardin, que nos asombra aun con su ingenio de cien años fecha, relata en sus *Lettres parisiennes* cómo allá por el año de 1838 se representó en París una parodia de ópera. En una escena un padre insta al novio de su hija a que justifique su presencia en la casa, pero cada vez que el desafortunado pretendiente intenta abrir la boca, el buen padre le calla con una sucesión de *Parlate, parlate, parlaate...* que agotan las variaciones melódicas del tema, alargadas por todo género de florituras. Esta es, en resumidas cuentas, la técnica teatral de toda ópera.

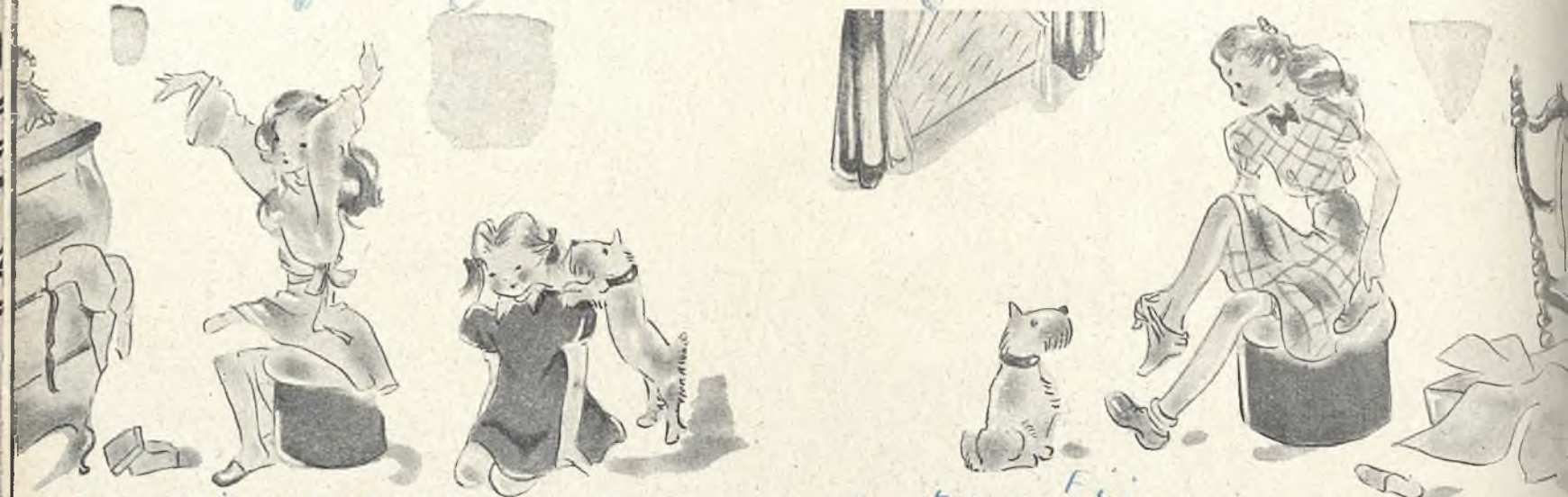
La irrealidad que la ópera lleva forzosamente consigo, se ha disfrazado con un derroche de elementos con los que nunca han contado los demás géneros teatrales. En una memoria del año 1850, época de la inauguración de la nueva sala de nuestro teatro Real, sacamos esta relación del personal adscrito al mismo: Partes



principales de la compañía, 20; cuerpo de coros de ambos sexos, 72; cuerpo de baile, 75; ochenta profesores de orquesta y 48 músicos de banda militar; 60 niños y niñas que asistían a la academia del teatro y tomaban parte en las representaciones; 14 empleados administrativos y 70 de los distintos servicios de dependencias, acomodadores, etc., más una compañía de bomberos compuesta de 140 hombres, que servían diariamente de comparsas con el haber que les correspondía por tal concepto. En total, 579 personas, de las cuales cerca de 400 podían aparecer juntas en escena en un momento dado.

Esta suma de elementos—corriente en cualquier teatro de ópera del mundo— se pone al servicio de una música más o menos bella para tratar de hacer olvidar al público el absurdo de la acción y la pobreza del libro. Tal vez en un posible nuevo ajuste de los tres elementos desequilibrados, esté la salvación de un género al que hoy reconocemos lo que a los muertos ilustres: un pasado glorioso.

Figuras infantiles.



¡Que prisa! Me parece que
elegaré tarde a la fiesta
de Mimi y aun
me tengo que ves-
tir, Truchi.

Fíjate como llueve,
me voy a poner perdida
y mamá me reñirá

y estoy muy
elegante.
Ahora, Truchi
no me importa
un buen
chaparrón.
ya puede
venir agua...



ero me pongo el
impermeable

¿Que tal la fiesta
de Mimi?
¡Que pronto
has
regresado!





La vuelta al mundo de Consuelito y Verdeola

POR MARICHU MORA.

(Continuación)

—Es que esto que traigo es una niña—empezó a explicar Verdeola.

—¡Claro, claro!; los tiempos cambian tanto... ¡Y que mi pobre difunto haya terminado en una sartén! Delante de mis ojos lo frieron allí, en la orilla.—Y sacando un pañuelo de debajo de la piedra empezó a llorar.

—No me has presentado—dijo Consuelito a Verdeola—. Aprovecha ahora que se ha callado.

—Esta niña...—empezó Verdeola.

—¡Claro, claro!—interrumpió la enorme trucha, repentinamente consolada—. Tanto tiempo, tanto tiempo, ya decía yo. Pues aquí, como siempre; ya os habréis enterado de lo que pasó con la familia de enfrente. Ahora, como lo elegante es estar asalmonado; modas que dicen que vienen del mar. Ahora se viaja tanto. ¡Claro, claro!

Consuelito estaba desesperada. Como la trucha no paraba de hablar, ella no veía el momento de poder decir una palabra, sobre todo, que le tenía su mamá explicado que las niñas no deben interrumpir a las personas mayores.

La buena señora seguía con su charla.

—¿Y qué pasa por esos mundos de Dios? Aquí yo siempre metida en casa no me entero de nada. Dicen que también usan redes ahora para pescarnos. Yo, desde la desgracia de mi pobre marido, no salgo de casa. Está todo peligrosísimo. Pero, ¡qué distraída soy!; no les he ofrecido nada, y tendrán hambre, y precisamente me cojen en un buen día.

Consuelito sintió su corazón llenarse de esperanza; si la visita terminaba en comida, la daría por bien empleada.

—Hay quien prefiere las moscas—siguió diciendo la trucha—; pero lo que yo digo: claro, muy bien para los jóvenes que dan un salto, y tan frescos; pero yo, donde haya una buena lombriz...—Y separando la piedra que tenía a su lado, agarró la punta de una lombriz gordota y sonrosada y empezó a tragarla. (A Consuelito le recordaba algo los macarrones.)

—Venid, venid, veáis qué maravilla; parece que está una comiendo toda la tierra, y lo más curioso es el

sabor a barro que tiene, a pesar de estar en la arena desde hace unos días; pero, claro, como ya soy vieja, me gusta ocuparme de la comida.

Verdeola, sin hacerse rogar, engulló, en unos segundos, unos cuantos centímetros de lombriz; la pobre Consuelito, más que nunca tenía ganas de llorar.

—¡Qué!, ¿tú no comes? Ya sé que ahora se estila el guardar la línea. Haces mal, muy mal; pero los tiempos cambian. Bueno, pues si no quieres comer, ¡qué le vamos a hacer!—Y seguramente encantada, en el fondo, volvió a tapar la lombriz con la piedra.

—Siento que os tengáis que marchar. Yo no tenía tanta prisa en dormir la siesta. Estoy encantada de que hayáis venido. Como yo, desde lo de mi pobre difunto, no salgo, me gusta que me vengán a ver y que me cuenten lo que pasa por esos mundos. Claro, claro, os tendréis que marchar ya. No os olvidéis de cerrar bien la cortina al salir.

Y dando media vuelta sobre su piedra se quedó dormida.

Verdeola y Consuelito se miraron un momento sin saber qué hacer, y después, muy despacito, salieron de la casa.

—¡Qué señora más rara!—comentó la niña.

Verdeola, un poco avergonzado, quería disminuir.

—Es que tú no entiendes; es de las familias más antiguas del río.

—A mí me ha parecido muy mal educada. En realidad, Consuelito estaba encantada de tener alguna vez razón sobre el pez.

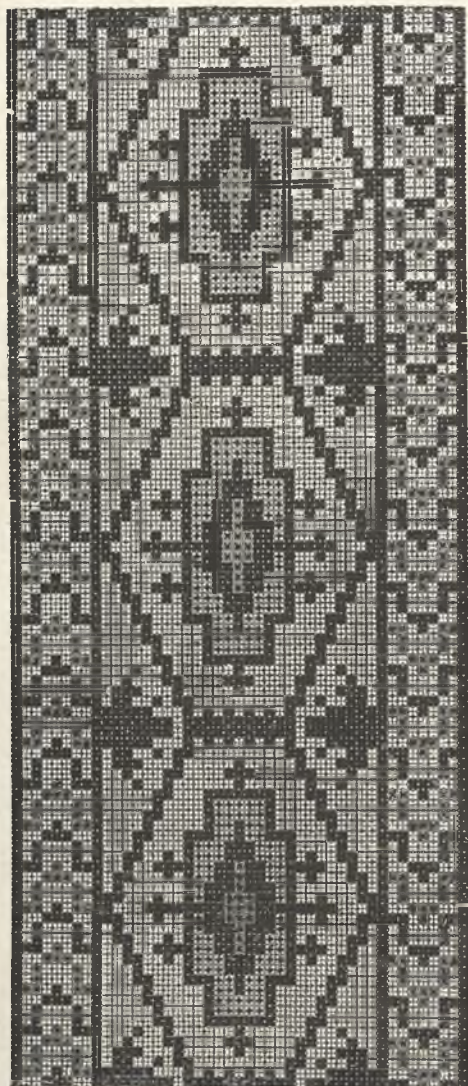
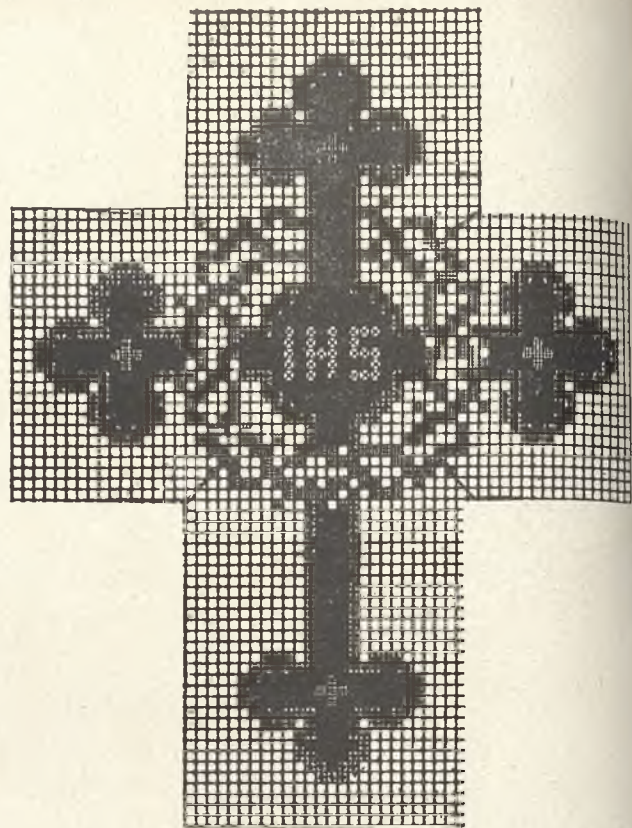
—Y a ti no te hacía ningún caso; ni siquiera te dejaba hablar.

—Las niñas no entendéis de estas cosas. Y como no sabía qué decir, cerró los ojos y jugaba a estar dormido.

(Continuará)



CASULLAS.



Nada nos ha parecido más oportuno, por el tiempo en que estamos y por las circunstancias que todas conocéis, que hacer un llamamiento desde esta sección para recordaros que va a ser necesario ocuparse de los ornamentos de iglesia.

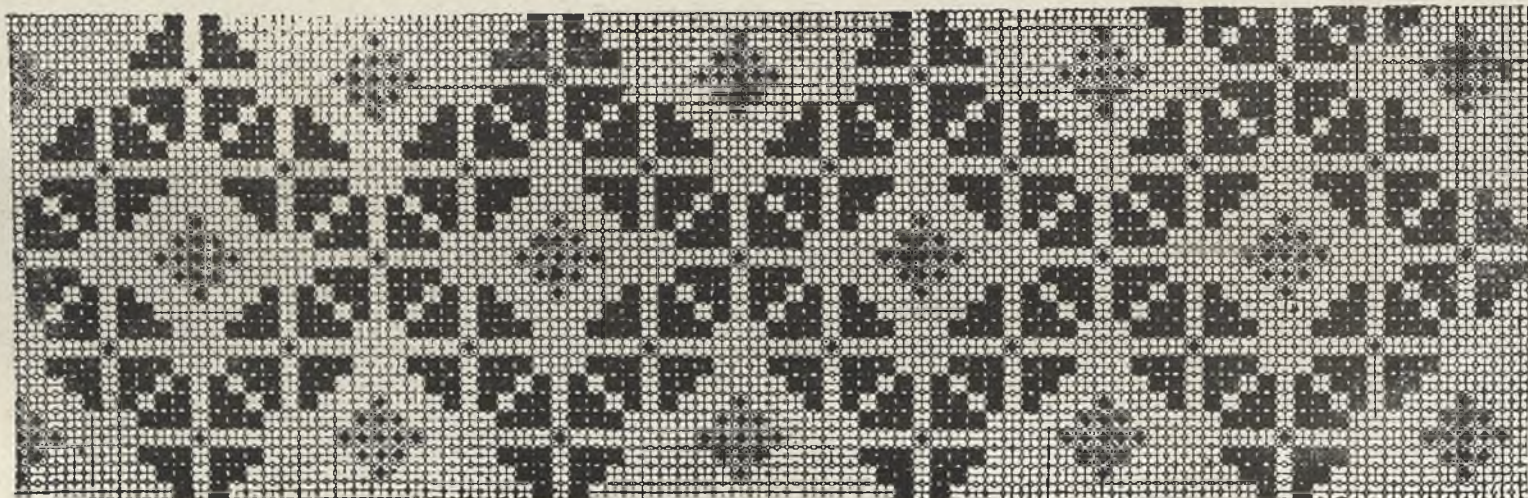
Es, al mismo tiempo que un trabajo, que para las aficionadas a labores constituirá un verdadero pasatiempo, una magnífica obra de misericordia: es vestir al desnudo, y desnuda está ahora la Iglesia de Cristo, que ha quedado despojada de sus ropas sagradas indispensables para el culto.

Os vamos a dar unas cuantas ideas de facilísima realización: Se coge una tira de cañamazo de una cuarta de ancho y se trabaja a punto de cruz con cualquiera de los dibujos que os damos, o con otros que conozcáis y que sean indicados para el caso; seguramente muchas de vosotras podréis encontrar entre los ornamentos antiguos de vuestra parroquia modelos verdaderamente preciosos de este tipo de casullas.

Esta tira constituirá la banda central, que irá unida por galones a otras dos de damasco o terciopelo del color de la casulla. Los colores del dibujo central, que deben ser varios, han de armonizarse con ella.

Los motivos sueltos de cruces y anagramas de Cristo podéis utilizarlos para bolsas de corporales, sabanillas y demás lienzos que se usan para el culto.

De esta manera realizaréis una santa labor a la que ya sabéis—sin que esto sea dudar de vuestra generosidad—que le está prometido el ciento por uno.





LA CASA MUERTA

Novela por Concha Espina.

Qué noche más triste! Pasos cautelosos detenidos a menudo, voces tácitas que parecen suspiros; con frecuencia una exclamación apenas contenida, una pregunta angustiada:

—¿Suben?

—No, mujer.

—Creo que sí, ¿oyes?

—Nada.

—Hay gente en el portal.

—Es en la calle.

María Luisa continúa aplicando el oído, inmóvil y espantada en el ancho recibimiento amueblado con lujo y distinción, hasta que Gabriel se le acerca, tranquilizador y cariñoso.

—Creo que todavía estamos seguros.

Pero está muy pálido y no sabe qué hacer con un paquete de cartas que ha sacado de su archivo.

—¡Qué pena—murmura—quemar esto!

—¿Te compromete mucho?

—No temo por lo que me comprometa a mí, sino a los autores de estas cartas. Y son autógrafos extraordinarios, una correspondencia profesional exquisita. Los legisladores más ilustres de España me habían honrado con interesantes pareceres, consejos y pruebas de amistad.

—¡Qué lástima!—susurra la esposa, acariciando levemente aquel tesoro que el marido ciñe en un abrazo de congoja. Y él añ de, ferviente:

—Sí; dudo que otro letrado joven haya reunido cartas como éstas, originales literarios magníficos. Pero no los puedo llevar y no tengo derecho a dejarlos aquí.

Se aparta de su mujer con repentina decisión y se le ve dirigirse al pasillo, donde una estufa arde llena de documentos únicos y preciosos.

Desde la puerta del hall sigue María Luisa con la mirada, dolorosamente, los movimientos de Gabriel, y se dice inconsolable: «Está destruyendo su mejor riqueza.»

Sabe cuánto ama él sus insignes papeles, algunos heredados de su padre, que a su vez representaba una dinastía de abogados con mucho abolengo en la profesión. Y descubre el semblante contraído del mozo, que se ilumina en el siniestro corredor a la llama cruel de aquella hoguera sacrificadora.

Minutos más tarde se vuelve a encontrar el matrimonio en otra habitación.

Ahora, la que se conturba y aflige con más demostraciones, es la mujer, una muchacha primaveral, morena y gentil, de

fina gracia española; ojos profundos y eloquentes, óvalo aristocrático, figura esbelta; una grave expresión que en este momento adquiere un punto de exquisita sensibilidad.

Tiene en las manos un libro, que se titula *Historia de bebé*. Le da vueltas, le mira, le abre y al fin balbucea, señalando un renglón:

—Este nombre... ¿es imperdonable?

Gabriel contesta, muy conmovido:

—Sí.

En donde María Luisa señala, dice: *Padrino: José Antonio Primo de Rivera*.

—Con esa hoja—añade Gabriel—no puedes llevar el álbum.

—Pues no la quito; no tengo valor.

—Haces bien. Además, sin ese precioso letrero el libro pierde su más alta categoría.

—¿No le podremos esconder en el forro de una maleta?

—¡Imposible! Perforan los equipajes; registran hasta la suela de los zapatos.

—Entonces...

La muchacha discurre algo muy difícil, mientras su marido añade:

—Llevándole nos expondríamos a perder el libro y la vida.

—¡Qué horror!—pronuncia María Luisa. Y le toca a ella abrazar el manojito de unos pliegos sutiles a los cuales se concede allí, sin duda, mucha más validez que a las joyas olvidadas en sus estuches, a la rica plata que adereza el comedor, los regalos nupciales, la hechicera canastilla del niño, que se llama José Antonio, para orgullo de los padres.

Diríase que ellos se preocupan sólo por sus bienes espirituales, bajo el aura moral de una refinada juventud.

De pronto rugen en la calle, con redoble de estrépito y fiereza, las olas del comunismo; tal vez una patrulla de verdugos que se dirá «brigada del amanecer», «justicia del pueblo» o «batallón de destructores», que todos esos títulos infamantes abundan en la prole del Frente Popular.

Parece que hay ruido en la escalera, y Gabriel de Latorre procura sostener y animar a su esposa, aunque le tiemblan las raíces del alma, y las exhortaciones se le esfician en los labios.

—No vendrán aquí—susurra—, nos defiende el pabellón alemán.

—No importa..., son capaces de todo—gime ella sin soltar la *Historia de bebé*—. ¡Escóndete, por Dios, sube al otro piso! Encontratás la llave en la cerradura.

Y estaba allí para franquear un cuarto vacío como refugio al abogado Latorre, concesión de los porteros, buena gente, muy adicta al joven matrimonio.

Pero Gabriel no hizo uso del escondite que mediante la escalera de servicio le podía valer, aunque poco seguro.

Sus alarmas se apaciguaron, porque el rumor sospechoso era sólo un eco de la calle.

Estaba el mozo en su despacho. Había hecho sentar a María Luisa y le hablaba al oído amorosamente, tratando de calmarla.

—Tengo los pasaportes en el bolsillo. No desconfíes; no temas. Dentro de pocas horas saldremos para Berlín. Y también tenemos los billetes del avión.

—Con nombres falsos... Y si nos descubren...

—Hay amigos en todas partes y he tomado muchas precauciones.

—Si logramos salir me dejarás sola con el niño mientras vuelves a España...

—Es mi obligación, por mucho que me sacrifique al separarme de vosotros. Y vendré con alegría, con entusiasmo, como quien cumple el más puro deber de su conciencia.

—No haciéndolo, dejarías de ser español... y de quererme a mí—arguye la muchacha, ronco el acento por la emoción y la ternura.

Se abrazan apasionados y vehementes, llenos de energía y de inquietud. Ella todavía pregunta:

—¿Y si Alemania reconoce a Franco?— Sin esperar respuesta, sigue: —Nos asaltarán la casa.

En el instinto conservador de la mujer se ennegrece la imagen del saqueo con una tristeza enervadora.

Y soslaya el marido:

—Ya veremos. Antes pueden ocurrir hechos felices para nosotros.

Su mirada corre vigilante y solícita por la copiosa biblioteca, acariciando el lomo de cada volumen, el estante henchido de los legajos, el anaquel de los ficheros, la gran mesa de roble conservada como una reliquia familiar.

Durante aquel inventario íntimo, la joven medita, y acaba por decir:

—La guerra será dura y larga, terrible.

—¡No!

—Sí. Porque el número de los malos crece igual que la cizaña, y habrá muchos que ayuden a los rojos.

—Y mejores, que ayuden a los blancos. Aparte de que nos bastamos a nosotros mismos. Porque nos asiste Dios.

—Eso sí. Esta contienda es suya. En su nombre, es también de la Humanidad.

—Cierto. Salvaremos al mundo. Será España otra vez solar de redenciones.

—Aunque no volvamos a ver nuestra casita—prorrumpie la muchacha, con profética resignación.

—¿Qué importa un hogar solo—arguye el marido—, cuando se profana todo lo sagrado, se incendian templos y ciudades, se asesina a multitud de personas?

—¿Muchas, verdad?—inquire la esposa, estremecida—. Diariamente, en Madrid, ¿cuántas?

—Dicen que pasa del millar.

—¡Qué espanto!

El coloquio se entenece y apura en voz muy baja. Tiene algo de testamento y despedida. Se quiebra allí un hermoso camino entre los amantes.

Hay una suerte nueva, grandiosa y temible. Un mandato superior que obedecer.

Los dos inclinan la frente dóciles, intrépidos, y ella le pone al destino una anhelante condición:

—¡Con tal que vivas tú!

—Viviré...

Le interrumpe el llanto de un niño.

Corre María Luisa a nutrirle con su propia sustancia. Le mece y le arrulla. El nene ha vuelto a dormirse. La madre le contempla con beatitud y asombro, aún maravillada por el milagro de tener un hijo.

Y la divina sorpresa se le colma de incertidumbres: ¿Qué será de él? ¿Qué riesgos le esperan a su padre? Nada teme para sí, como si olvidara todos los peligros suyos que no tuvieran el nombre de Gabriel y este de José Antonio.

La madrecita acuesta al niño, rezando. Hay lágrimas en su oración. «¿Qué será de ellos?»—torna a pensar.

Inclinada sobre el ángel, tiene un aire infantil, delicadísimo. Así la sorprende Gabriel, que entra a decirle:

—Está amaneciendo...

A las siete vendrá el coche de la Embajada a buscarnos. Arréglalo todo para esa hora.

—¿Y tú?

—Yo también... Como no llevamos casi nada...

En el dormitorio matrimonial, hondo y amplio como un salón, se acomodan unos muebles recios y elegantes. Y en él, la cuna.

A su lado flota un pequeño equipaje a medio cerrar... y cerca, en un velador, se ha quedado al garete *La historia de bebé*, que dejó allí María Luisa para coger al niño.

Ella lo toma de nuevo, lo abre y consulta con la invencible tentación de retenerle. En sus páginas, casi todas inéditas, incitantes de sugerencias, se ha estrenado la primera fotografía de José Antonio de Latorre, la exactitud de su peso, la huella de su pie, el anuncio de su primera sonrisa.

Y, sobre todos los homenajes al chiquitín, el regalo de aquel padrino tantas veces ilustre, a quien la España amaneciente rinde un entrañable sentimiento de veneración.

—El conservar esta hoja no le puede hacer daño a él—supone la muchacha—; ser padrino de una criatura inocente, no es posible que se considere pecado.

—No—contesta Gabriel, que oye el soliloquio de la madrecita—. Si dejas aquí el libro no dañas a nadie. Yo no debo hacer otro tanto con sus cartas—alude como huyendo de pronunciar el nombre querido.

—¿Las quemaste?

—Sí.

Tiembla la casa al siniestro repique de las ametralladoras.

—Aquí no estamos bien—dice Latorre, consternado.

Empuja nervioso a su mujer y remolca la cuna hacia el interior del piso, donde la única sirvienta fiel del matrimonio les recibe despavorida.

Los huecos exteriores, herméticamente cerrados, contribuyen a sostener las ele-



vadas temperaturas del agosto madrileño. Las luces, suprimidas en la mayoría de las lámparas, mantienen las habitaciones en una penumbra triste, como de vigilia en torno a un enfermo.

La muchacha suspira.

—¡Ay! Se me figura que velamos a un moribundo.

—No hables de la muerte—reprocha María Luisa amedrentada, trémula.

—Si es la casa la que se nos muere, señora: la estoy viendo agonizar—. Se duele Claudia, que ha cuidado con esmero y orgullo la bella instalación de los señores desde su boda. Y como se quedaba en Madrid con su familia añade, servicial:—Vendré siempre que pueda a ver si escondo alguna cosa, a ver si limpio y arreglo cada día un poco.

—Sin comprometerte: lo primero es vivir.

* * *

Algo amaina el temporal de la calle en esta amanecida que en los cielos es alegre y azul.

Gabriel ha vuelto a hundirse en su despacho. María Luisa conduce la cuna a su sitio habitual.

Entra por las rendijas de los balcones la claridad insinuante de la aurora, esos hilos de luz que se columpian en los dormitorios felices con las doradas promesas de mil júbilos.

La fugitiva, cada vez más dueña de sí, cierra dos ligeros cofres que contienen su escaso equipaje, hace la señal de la cruz sobre el empavesado bajel donde José Antonio duerme, casi desnudo, y busca a su marido.

Ya se deciden a entreabrir apenas las persianas. Ha salido el sol.

Sin ponerse de acuerdo, coinciden en el afán de recorrer la casa. Por más que se entornan las puertas y se juntan las cortinas, el sol castellano mide, a naciente, su poder con la timiebla de las estancias, y el matrimonio percibe con oculta pesadumbre los detalles más selectos de su nido. Cada mueble, cada perfil del ajuar, cada rincón amable, les invita y detiene, por un segundo, enamorados y llenos de amargura.

Todo queda intacto allí: alfombras, tapices, colgaduras, lienzos de firmas eminentes, cuanto iba a ser recogido antes de un veraneo que no llegó a realizarse, suspendido por el glorioso Alzamiento nacional.

Y todo permanece en su acostumbrado lugar, aunque tenga un extraño cariz enfermizo, una melancolía de presagio, aquel aire doliente que hace exclamar a la doncella:

—¡Se nos muere la casa!

Sorprende María Luisa en el salón la silueta de una preciosa escultura de la Virgen, siglo XVIII. Las manos orantes, excelente el estofado de la ropa, tostado el rostro por una pátina morena que le da un prestigio remoto y dulce; ceñidas las sienes por una corona emperatriz.

Se le escapa a ella una

exclamación lancinante:

—¡Ay, mi Virgencita!—Y le besa las manos a la efigie, unidas como las tiene en una plegaria inmortal.

Esta es la prenda que más quiere María Luisa de todas cuantas alhajas familiares fueron a enriquecer su dote de casada.

No se inmuta al despedirse de la vitrina, radiante de condecoraciones y vestigios ilustres. Pero desfallece aquí, delante de la talla, suave y menuda, que representa a la Madre de Dios.

—¡Si me la ultrajan!... ¡Si me la queman!...—teme, desolada.

Gabriel, persuasivo y clemente:

—No te pongas en lo peor. Acaso logremos protegerla... si salvamos la vida.

—¿Lo dudas?

—¡No, hija mía, no!

Por encima de las palabras, el acento del muchacho es tan vacilante, que la mujer se conturba en un trastorno enloquecido.

Ella, que instintivamente busca a su alrededor un escondite para la querida imagen, se aturde, avarienta de ocultar al esposo. ¿Dónde? Se olvida de sí misma.

—Quiero guardarte... Sube gente... ¿oyes?

Él ha visto la cara de la joven en el soleado reflejo que alumbraba el icono de la Virgen. Está blanca de susto, las ojeras se le acentúan como si el maquillaje excesivo de una actriz le diese un carácter de víctima en el drama de aquella hora.

Se resiste el marido a prolongar la escena.

Empuja las persianas, cerrando los posibles resquicios a la luz. Y a tientas, por las habitaciones oscuras, lleva a su mujer de allí.

—No intentes nada. No te agobies de esa manera. Como nuestra casa hay muchas así, en abandono, expuestas a toda clase de exterminios. Y otras son mejores, más ricas, más fuertes, más importantes. Hay palacios históricos, museos, bibliotecas, santuarios... los hogares de Dios; desde el humilde oratorio hasta la gigante catedral.

—¡Tienes razón!—balbuce María Luisa, apoyando en las manos del muchacho las suyas heladas.

Diríase que el remusgo del amanecer, inevitable hasta en el verano de la Castilla central, ha colado un soplo de hielo en la sorda vivienda que se estremece, caídos los párpados, sombría y taciturna como una enferma. Hasta el fogón, que ha consumido los preclaros documentos de Latorre, ha extinguido su llama inexorable.

—Nadie sube, ¿te convences?—le repite el abogado a su mujer, deteniéndola en el hall. El muchacho recomienda: —Faltan ya pocos minutos para que vengan a buscarnos; que todo esté listo.

De nuevo ha reaccionado María Luisa ante la prontitud de la fuga. Viste a su hijo, le envuelve y se le entrega a Claudia.

Se había resentido de sorpresa y de soledad la huída del matrimonio Latorre. Forasteros los parientes más cercanos; los amigos, en trance de amenazas pavorosas. Se vieron solos, entre espías, acuciados por las delaciones que súbitamente se les convertían en riesgo mortal. Y ninguna providencia de ocultación había para sus intereses materiales.

—Ahora sí que hay pasos en la escalera—avisa Claudia, en un escucho trágico.

También en la puerta unos golpes singulares.

Gabriel se tranquiliza:

—Es el portero—asegura—. Y desde fuera le convencen con discreta señal:

—El coche de la Embajada.

Dentro del dormitorio arde una bombilla minúscula. María Luisa, ya dispuesta para salir, recoge, con unción, *La historia de bebé* y la deposita, reverente, en la entreabierta cuna de su José Antonio. Dobla en seguida las vaporosas colgaduras bordadas de flores y cierra así aquel frágil sepulcro, donde un excelso corazón de española junta el nombre de un César y el de un ángel en un solo tributo de fervor.

La última lámpara del hogar ha dejado de arder.

María Luisa entorna con religiosa ternura la estancia preferida, amada tumba donde van a dormir dos recuerdos sagrados: hasta que los despierte y los profane el terror bolchevique.

Ya la mujer reclama su niño para el gran viaje. Pero se le acerca el marido, atento y cuidadoso:

—No; yo le bajaré. Apóyate en mí.

La apostura del mozo, su arrogante virilidad, cobran solvencia y robustez cuando él abandona así los dinteles de su casa, con rumbo a una vida pobre y misteriosa, ciega de aventuras; solo con su conciencia y su fe. Y en cada brazo el peso dulce y terrible de un amor.

Claudia, muy afligida, soporta dos frágiles maletas; siente como el paso furtivo de los viajeros repercute en la oscuridad de las habitaciones desiertas, con una especie de estertor. Y agita las vueltas de un llavín que debe entregar a los porteros.

—Se ha muerto la casa—va insistiendo la doncella detrás de los señores, contagiada por el frío de una silenciosa agonía.

El auto protector recibe y salva a esta noble familia española. Gesto alemán inolvidable.

—Cierra los ojos: no mires!—recomienda Gabriel a María, que toma al niño en su regazo.

Hay muertos en la calle. Hay unas caras atroces que enarbolan su furia contra los que huyen.

Poco después, el aeródromo, unas alas providentes, el vuelo azul en el espacio sublime de Castilla. Y la esperanza: la libertad.

Ahora España otra vez. El suelo redimido que la Cruz ha vuelto a bendecir; los laureles inmarcesibles de Franco, las banderas victoriosas del primer Ejército del mundo.

Para Gabriel Latorre, una brava trinchera en el frente de Aragón.

Ha traído a María Luisa y a José Antonio cerca de él. Y sabe que ha perecido, totalmente, su bella casa de Madrid.

María Luisa, instalada en una modesta pensión, ha bordado en rojo la camisa azul del marido. Y no tiene cuna para su bebé.

Es aquella muchacha muy pensativa, sobria y austera, interesante como ninguna, que solemos encontrar aquí, en los días de sol, con un niño en la mano.



SALA DE LA ENFERMERA PROVISIONAL.

Tengo diecinueve años y uno y medio de Hospitales. Me han mandado que escriba algo sobre ellos. Cuando me pongo a pensar, recuerdo mil cosas, pero en cuanto escribo, me sale todo redicho como labor de monja. Haré lo que pueda. Y el que dice lo que sabe, hace lo que puede y da lo que tiene, no está obligado a más.

Son las ocho de la mañana cuando voy al trabajo. En la terraza del Hospital hay ya algunos heridos, llenándose los ojos de sol. Van andando torpemente, dormidos aún, despeinados, con las botas sin atar. De vez en cuando se pone alguno a cantar o a hacer una cabriola, contento de verse encima la primavera y la salud.

«De tanto estar encerrados se nos estaba poniendo cara de acelga», dice uno. «Buen día hoy. Ahora estarán sembrando el maíz, allá en el pueblo». Casi todos son labradores y tienen añoranzas de su tierra y su trabajo.

Hay que subir a las salas. Filas interminables de camas nos esperan ya. El gallego, de los ojos bonitos, saluda como todos los días: «¡Ay, camaradita, que me muorro!» Pero no se morirá; no tiene más que un pequeño agujero de metralla y muchos mimos. Le doy agua en una palangana para que se lave y me mira con ojos suplicantes; debe estar muy fría.

Voy hacia otra sala. Antonio está hoy menos triste; parece que se le ha quitado un poco la niebla que llevaba en la cara desde que le cortaron la pierna. Fue en Teruel, de un cañonazo. Le digo tres tonterías y le pregunto por su novia. Se ríe. La Hermana viene, contenta de verlo, y parece que en la sala ha entrado más luz. ¡Qué bueno es hacer reír a un chico de dieciocho años!

A media mañana, visita del médico. ¡Ya está aquí el carro de combate! Empujado por las enfermeras se para en todas las camas, una después de otra. Al verlo acercarse, hay caras de miedo y sonrisas bravuconas. «¿Todos esos hierros hacen falta?», preguntan los recién llegados. Ahora le toca el turno a un aragonés; mientras el médico inspecciona la herida, el muchacho se pone a cantar. Una enfermera le pregunta:

—¿Tan contento estás, maño, que ya ni te duele?

—Cuando el aragonés canta, o está molido o poco le falta—contesta.

La enfermera se azora un poco, porque asegura que no ha sido precisamente molido la palabra empleada; es novata y no entiende.

Hay que barrer la sala. Nunca creí que fuera tan larga. La Hermana mira por debajo de las camas a ver si nos dejamos algo. Salen cosas inverosímiles: cáscaras de cangrejo, corchos y botellas vacías. Miro al herido con cara seria, y se turba. Por fin acabamos de barrer y nos vamos a servir la comida.

En el comedor hay mucho sol, que se refleja en los hules de las mesas y en las caras de los heridos. Seis músicos, en una plataforma, tocan pasodobles, jotas y cantos gallegos.

Rezamos un poco; hay respeto, porque la voz de la Hermana y las palabras de la oración lo imponen, aunque muchos no conozcan el rezo.

Empiezan a comer casi en silencio, pero la música los va excitando, y al segundo plato las voces se hacen fuertes, y todos llevan el compás con las cucharas. También nosotras andamos más firmemente por entre las mesas, cuando toca la música. Hay que tener cuidado con lo que hacen; saben pequeños trucos para procurarse una ración mayor de vino, y ayer uno se comió todo un tubo de pasta dentífrica que acababa de repartirles, metiéndolo en la chuleta como si fuera mostaza. La Hermana se alarmó muchísimo cuando lo supo y vigilaba al herido de reojo; pero él parecía muy feliz después de habérselo comido.

Acaban ya. Dos palmadas y a cantar nuestra canción, el Cara al Sol, que parece tener más significado como ellos lo dicen, a golpes de maza, con voces recias que ahogan la música.

Luego salen, despacio, hacia la calle, a formar esos grupos que en los bancos de los paseos y en las esquinas de las calles dicen flores a las chicas. Es tan corriente verlos arrastrando sus bastones en una tarde de sol, que son ya como una cosa más de la ciudad, y pasamos al lado suyo sin acordarnos de lo que significan.

San Sebastián y marzo de 1938.

CONCHA ESPINA

San Sebastián, marzo de 1938.

MACUCA

Santificación de la fiesta en los programas de Cultura Femenina

Se crea la Sección «Cultura y Formación de Jerarquías» con el propósito de continuar la tarea de servicios de la Sección Femenina de un modo cada vez más fecundo.

Pretendemos aumentar el sentido organizador de nuestras Jefes, su estilo y su cultura.

Pero al hablar de cultura, no entendemos por esto Círculos de Estudio, ni Liceum, ni Centros de Cultura Femenina que sacan a las mujeres de sus funciones típicas y de su círculo natural, que es la casa. Pretendemos conservar a la mujer con la cabeza y el corazón alerta a las nuevas orientaciones del Arte, la ciencia y la política; pretendemos también conservar la capacidad de percepción de la madre, para que entienda los problemas sentimentales o políticos de los hijos.

Porque, como dijo Pilar en su discurso de apertura del Consejo: «Como la cera fáciles, nos ha puesto España a todas las mujeres en la mano, desde las niñas que no saben casi todavía hablar, hasta las afiliadas mayores que entregan la voluntad de sus huesos cansados al quehacer de la Falange.»

No es nuestra verdadera misión, sin embargo, la educación de la mujer mayor de edad o próxima a serlo. Accidentalmente no podemos abandonar las posibilidades de reforma operables en esas mujeres que Dios y España nos han puesto en las manos. Pero lo que la Sección Femenina pretende y quiere y está decidida a conseguir (por medio de la Organización Juvenil), es un tipo de mujer que a los dieciocho o veinte años esté capacitada para crearse una cultura propia, para leer y pensar, llena de inquietudes ascensionales en todos los órdenes, particularmente en el orden nacional y en el orden moral. Y fundamentalmente queremos conseguir un tipo de mujer para su casa, considerando la casa como depositaria de todos los valores espirituales.

La Sección Nacional de Cultura se compone de varias subsecciones. Hoy hablemos de los programas:

Mensualmente enviaremos a todas las Jefaturas Provinciales un programa con los temas ya preparados, para que cualquier Jefe de Grupo pueda explicarlos fácilmente a sus camaradas. Las Regidoras Provinciales y Locales de Cultura, modificarán los temas según el estilo, carácter y nivel cultural del pueblo. Girarán los temas en torno a fiestas nacionales y religiosas, porque pensamos que la fiesta es algo que va muy

unido a la familia, a la tradición; es la emoción unida que hace vibrar a todo el pueblo. Y la fiesta recobrará su fuerza unificadora cuando se estudie y se entienda en su verdadero sentido histórico y religioso.

La fiesta no puede ser tan sólo el traje y los zapatos nuevos para unos o la excursión al campo, que hacían otros para alejarse, precisamente, de la fiesta (entre *snoobs* y desdeñosos).

La fiesta es la gloria de un hecho histórico, religioso o nacional y la alegría de sentirnos *Todos* herederos y poseedores de esa gloria. Y para que las fiestas sigan siendo la riqueza espiritual de todos, es preciso que todos las conozcan en su gracia, en sus cantos, en su poesía y en sus bailes. En su Historia en su liturgia, en su mística, si es religiosa.

Particularmente, la madre prepara el ambiente de la fiesta. En las fiestas, se hacen dulces y bizcochos, se estrenan trajes y se adornan e iluminan las casas, se solemniza el ambiente y se celebran religiosamente; se baila y se canta. Todo esto lo prepara e inventa la madre o la hermana y es ella la que debe darle color, estilo y gracia.

Por eso nosotras pretendemos estudiar la religión, la historia y la gracia de la casa, en las fiestas, en nuestras fiestas españolas, tan numerosas como nuestros Héroes y nuestros Santos.

Próximamente hablaremos de los grupos musicales y deportivos, de los cursos de canto popular, de los cursos de cocina española en la «Cantina-Escuela» de la Sección Femenina, de los cursos de Puericultura, etc., de la transformación de los Centros de la Sección Femenina en Casas de la Sección Femenina.

De los roperos, que serán la participación directa y organizada del grupo pasivo de la Sección Femenina en el Auxilio Social y en la Organización Juvenil (Flechas), la obra y la organización que por excelencia debe interesar e interesa, de hecho, a la mujer Nacional-Sindicalista.

Hablaremos también de la afirmación permanente de toda esta Cultura por medio de la creación de un profesorado, que se formará en dos grandes escuelas nacionales: Escuela Nacional de Cultura Física Femenina y la Escuela Nacional de Economía Doméstica.



CARMEN WERNER

Regidora Central de Cultura y Formación de Jerarquías

VAMOS a dar en estas líneas, una breve noticia cinematográfica de las películas más salientes de la temporada, para que nuestro público, que forzosamente se ve privado de ellas, no pierda el contacto con los asuntos que se ruedan hoy en todas las pantallas del mundo.

Gary Cooper hace en *Marco Polo* el viajero y descubridor ideal de todos los tiempos, y como nosotros así lo encuentra también la encantadora actriz noruega Sigrid Gurie.

Greta Garbo y Charles Boyer nos dan una versión de los amores de Napoleón y Marie Waleska. Greta no hace el esfuerzo genial de *La Dama de las Camelias*, pero tiene momentos sublimes, y Charles Boyer sale bastante airoso de la difícil tarea de darnos un Napoleón en inglés.

Ramuntcho. La conocida novela vasca de Pierre Loti, llevada a la pantalla por una Casa francesa, con Madeleine Ozeray y Pierre Cambo, de protagonistas.

Viajeros, por Camila Horn, en la versión alemana, y Mary Glory, en la francesa. *Film* de Jacques Feyder. Drama entre esas gentes de circo que pasan su vida en los caminos y duermen cada noche sobre distinto suelo.

El incendio de Chicago. Magnífico *film* americano sobre este trágico acontecimiento, realizado con punzante realismo por Henry King y, en contraste, la sonrisa de Alice Faye y Tyrone Power.

Orloff y Tarakanowa. Película de gran lujo de Fedor Ozep, que tiene por escenario Venecia en el siglo XVIII y el San Petersburgo de la gran Catalina, sobre la agitada y desgraciada vida de la famosa aventurera. Por Annie Vernay y Pierre R. Willm.

Deliciosa. Nunca ha encajado mejor el título de una película con el calificativo que nos gustaría dar a la protagonista. Deanna Dun está verdaderamente encantadora, llena de gracia y naturalidad, sin infantilismos tan peligrosos en una artista de esa índole y sin repetirse, lo que parece imposible después de los éxitos de *Three smart girls* (Tres chicas al día) y Deanna y sus *boys*. Herbert Marshall, lleno de simpatía, nos indica que se puede ser siempre joven.

Como película romántica, Catherine Hepburn con Cary Grant en *El imposible señor Bébé*.



Una escena de «Marco Polo», de Gary Cooper y Sigrid Gurie

Greta Garbo y Charles Boyer en «Marie Waleska»



Y por último, una noticia sensacional: Bernard Shaw, a quien los productores de cine consideraban como su enemigo público número 1 y del que no habían conseguido, a pesar de sus ofertas extraordinarias, más que algunas de sus famosas «genialidades» como respuesta, ha vendido los derechos de *Pygmalión* a un productor pobre y desconocido que se llama Mr. Gabriel Pascal, al que conoció hace treinta años y que se atrevió a pedirselo al encontrarse sin dinero. Las primeras vistas del *film* se están rodando en Londres con Leslie Howard; no hace falta decir la impaciencia con que el público espera el resultado.



MARCELLE
CHANTAL
en el *film* «Tragedia Imperial»
(Rasputín)



como en *Las Meninas*, una luz que parece obra de Velázquez, que crea un ambiente extraordinario, donde los hombres pintados viven realmente, hablan unos con otros, se aburren a ojos vistas, algunos casi dormitan, casi ninguno presenta la menor atención a cuanto en el Consejo de Filipinas está sucediendo. Todos parecen retratos, indicados tocados con gracia y ligereza inimitables, y hermosas figuras negras, una sentada y otra que entra que dan una nota misteriosa a aquella reunión oficinesca, pues nadie sabrá si son hombres o mujeres, frailes encapuchados o viudas con tenebrosos velos. La efigie dura de Fernando VII, de gran uniforme bordado, bandas y cruces en ristre preside aquel Senado y junto a él, muy pacatos y aquiescentes, los dos Consejeros más conspicuos parecen aprobar, ya por anticipado, cuanto dirá el Augusto Señor. No hay palabras para expresar la magia, la fuerza de este asombroso cuadro. Todas las novedades del arte más moderno están allí empleadas; ningún artista, por grande que sea, podrá dejar de aprender ante tal lienzo. Goya era muy grande ya, mas con esta obra ha encontrado modo de subir más aún.

De pie, junto a un alto andamiaje, tal vez ayudando a Goya en sus labores de San Antonio de la Florida, pintó el artista a su amigo y alumno Asensio Juliá, vestido con amplia bata o blusón de trabajo, junto a una mesa donde se vislumbran útiles de carpintería, mientras unos pinceles yacen en el suelo. Es Asensio hombre no muy alto, de rostro pálido, donde sombrean un poco de bigote y algo de barba mal rasurada. El cuello, al aire; la camisa, blanqueando sobre el pecho; una mano prendida a la cintura y otra pendiente a lo largo del cuerpo; todo ello, está tratado con un empuje vencedor, con un poderío invencible, a grandes, inmensas pinceladas, que crean un retrato lleno de un dinamismo al que no se acercan ni realistas, ni super-realistas, ningún pintor por avanzado que se juzgue y por iconoclasta que se imagine. Así, y no de otra manera, es preciso pintar.

MAURICIO LOPEZ ROBERTS,
Marqués de la Torrehermosa.

UNA EXPOSICION DE GOYA EN PARIS.

HACE algunos meses se abrió en París, en uno de los pabellones del Jardín de las Tullerías, una exposición de algunos de los cuadros de Goya que forman parte de las colecciones oficiales y particulares francesas. Aun cuando no se exhiben todas las pinturas de Goya que existen en Francia (el Museo Bonnat, de Bayona, no ha enviado las suyas), las que se exponen bastan a la altísima gloria del pintor aragonés y le colocan en el puesto único que le corresponde en la historia de la Pintura. Claro es que también faltan los Goyas famosos que han sido robados últimamente en España por las hordas rojas y que ni la sublime *Condesa de Chinchón*, ni la admirable *Lechera de Burdeos*, ni el *Don Juan de Muguero*, ni la *Marquesa de Santa Cruz*, ni tantas otras obras maestras desaparecidas en la tormenta marxista figuran en esta Exposición, prudentemente escondidas por los ladrones en sus temerosas madrigueras, esperando pase el tiempo, con la idea de que así se borre el delito y sea posible la fructuosa negociación del botín hurtado.

La *mujer del abanico* es una de las joyas del Museo del Louvre. Este retrato está cercanamente emparentado con el que en la Exposición se presenta de la cantatriz portuguesa Lorenza Correa, propiedad de la Vizcondesa de Noailles. Las dos mujeres están vestidas de modo muy semejante, con una rica seda gris de un matiz delicadísimo. El traje, conforme a la elegancia de entonces, tiene el talle muy alto. Unas pequeñas mangas abullonadas inflan los hombros, y largos mitones de encaje, prendidos por unos lacitos muy cucos, cubren los brazos y las manos, que sujetan un pequeño abanico. Esta mujer vestida de gris, cuyo nombre se desconoce, es joven y bella. Su rostro, muy blanco, bajo los revueltos cabellos negros que bajan por la frente y las mejillas, parece algo pensativo, casi melancólico; sin sonreír la boca, que es pequeña, ni lucir los admirables ojos, profundos y grandes, que nada parece interesar ni atraer. Y así la inmortalizó el genial sordo español.

El Museo de Castres ha enviado, entre otros cuadros de Goya, uno sencillamente portentoso, que se coloca entre las más altas obras de arte que ha producido el genio humano. Conocido de muy pocos aficionados, que realizaron un penoso viaje para ello, no lo había admirado aún el gran público. Hoy el lienzo, después de estar durante cuarenta años enrollado y perdido en un camaranchón, surgió triunfalmente y ha conquistado su puesto entre las más sublimes pinturas de todos los siglos.

Goya reprodujo una sesión del Consejo de Filipinas bajo la augusta presidencia del señor Rey Don Fernando VII. Pocos asuntos pueden ser menos agradables de pintar que esta Asamblea burocrática y prosaica. Goya, realiza el prodigio de crear un cuadro inolvidable.

En un ancho salón, cuyo centro ocupa una prodigiosa alfombra de la Fábrica de Tapices, están sentados en sillas y en las más variadas actitudes, numerosos varones. Al fondo, en un estrado, preside Fernando VII con varios prohombres, sentado el Monarca en un alto sillón y en otros más humildes sus Consejeros. Una ventana lateral deja pasar,





A Valencia, en el dolor.

Durante el asedio de Valencia por el Campeador (1094), un alfaquí Hixem Benahmed el Quinení, llamado Alguacaxí, por ser natural de Huescas, aldea de Toledo, lamentó en una elegía las desgracias que se cernían sobre Valencia. La traducción de esta elegía la intercala la Crónica General.

«Valencia, Valencia, vinieron sobre tí muchos quebrantos i estás en ora de te perder. Pues si tu ventura fuer que tú escapes desto, será gran maravilla a quien quier que te viesse.

Et si Dios fizo merced a algún lugar, tovo por bien de lo facer a tí; que fuese siempre nobleza et alegría solaz en que todos los moros folgaban et avien placer.

Et si Dios quisiere que de todo en todo te ayas de perder desta vez, será por los tus grandes pecados et por los grandes atrevimientos que viste en tu soberbia.

Las tus muy altas torres et muy fermosas, que de lexos parecían et confortaban los corazones de tu pueblo, poco a poco se van cayendo...

Las tus acequias claras, de que te mucho aprovechabas, se tornaron turbias; et con la mengua del alimpiamiento llenas van de muy gran cieno.

Las tus nobles et viciosas huertas, que en derredor de tí son, el rílobo rabioso les cabó las raíces et non pueden dar flor...

El tu muy gran término, de que te llamabas señora antigua, los fuegos lo han quemado, et a tí llegan ya los grandes fumos.»

Vivía en Valencia en los terribles días del asedio del Cid, Abuishac Benjafacha, de Alcira (1058-1139) y, a semejanza de Alguacaxí, cantó a la ruina de la ciudad los siguientes versos:

«Las puntas de las espadas se han esgrimido en tus patios, ¡oh, palacio!

Y han destruído tus preciosidades la miseria y el fuego.

Cuando viene uno a mirar tus contornos largo rato, reflexiona y llora sobre tí ¡oh, tierra!

Tus habitantes han sido el juguete de los desastres, y tus turbas se han agitado por la fatalidad.

La mano de la desgracia ha escrito sobre tus atrios: «Tú no eres tú, y tus casas no son tus casas.»

«Vista de Valencia tomada del lugar de Burjasot». (Grabado de principios de siglo XIX de la colección de D. Manuel Conde de la Librería Internacional de San Sebastián.)

LETRAS INGLESAS Y AMERICANAS

BIBLIOGRAFÍAS

PHILIP II, por William Thomas Walsh (Sheed & Ward)

Otra biografía, de sumo interés para nosotros, por el autor de *Isabel de España*. Esta obra, bastante extensa, estudia el carácter del Rey con gran comprensión y simpatía. Walsh, católico americano, aboga en estas bellas páginas por la vuelta o, más bien, por la continuidad de una nueva era de fe y de unidad, pues «el católico español es el que tiene la visión del futuro».

GOYA, por Manfred Schneider (Warner Laurie)

Más bien vida novelada que biografía, relata, sin embargo, con exactitud los hechos referentes al gran artista aragonés y describe los acontecimientos de su época. En el diálogo se permite el autor más fantasía, y podría el libro servir de guión para una película.

THE GREENWOOD, por James Barrie

Seis meses después de la muerte de Sir James Barrie, aparecen estas Memorias de sus comienzos literarios en Londres, por los años 1885-1887. Empezó como periodista en la *St. James Gazette*. Cuando Barrie desembarcó en Londres quiso impresionar al redactor-jefe de este periódico, un tal Greenwood, y se compró un sombrero de copa, con el que se tocaba indefectiblemente cuando iba a visitarle. El sombrero no encajaba bien sobre la cabeza cuadrada del escocés y se le caía en cuanto hacía una parada brusca. Pero permaneció en el recuerdo de Barrie y de sus amigos como una especie de símbolo de sus audacias y ambiciones juveniles. El autor de *Peter Pan* hace en el presente volumen un autorretrato satírico en el que habla de sí mismo a la tercera persona, bajo el nombre de *James Anon*, y describe, con su finura y gracia habituales, el Londres de hace cincuenta años, cuando Wells estudiaba botánica en los jardines de Kensington, Julio Verne escribía sus primeros cuentos, Shaw hacía crítica musical en el *Star* y Conan Doyle empezaba a publicar sus novelas de misterio.

THE GRAT MADEMOISELLE, por Meriel Buchanan

Se trata más bien de una historia de la Fronde que de la biografía de Anne Marie Louise d'Orléans. La duquesa de Montpensier tomó gran parte en esta rebelión de los grandes contra el poderío de Mazarin y de Ana de Austria. Miss Buchanan, que ha dado previamente un estudio sobre Ana de Austria, describe los personajes que rodean a la Grande Mademoiselle, como Condé, Mazarin, Luis XIV, las peripecias e intrigas del levantamiento y la parte que tomó en los acontecimientos Anne d'Orléans.

THE LIFE OF THE VENERABLE FRANCIS LIBERNAM, por G. Lee. Burns (Oats)

Esta es la vida de un judío converso que fundó la orden de Espíritu Santo, destinada a evangelizar las razas de color de África y América. Hijo de un rabino alsaciano, recibió las órdenes en 1841. Murió en 1851 y está propuesto para la canonización. Enfermo y pobre, logró fundar el famoso seminario de Saint Sulpice.

HISTORIA

THE STORY OF THE GROWTH OF NURSING AS AN ART; A VOCATION & A PROFESSION, por Agnes E. Pavey. (Faber & Faber)

Esta historia de la enfermera a través de los siglos encierra especial interés para la mujer. Se remonta a las civilizaciones más antiguas, en donde se hallan pocos datos de la profesión de enfermera. Los primeros datos de un hospital organizado son del siglo III antes de Jesucristo, en la India, pero en esa época remota eran hombres los que atendían a los enfermos. Sin embargo, en China aparecen mujeres dedicadas a esta humanitaria tarea entre los años 260 antes de Jesucristo y 220 después de Jesucristo. Se puede decir que hasta mediados del siglo XIX la profesión de enfermera no se depura ni ocupa el rango que le corresponde. Las comunidades religiosas, con su disciplina y abnegación, contribuyen a elevarla moralmente. Preparan el terreno para Florence Nightingale, aquella admirable mujer, que con motivo de la guerra de Crimea, crea un Cuerpo de enfermeras seculares para admiración del mundo, inculcándoles una ética indispensable para el desempeño de esta profesión, una de las más nobles que puede escoger la mujer.

LITERATURA

CASTILIAN LITERATURE, por Aubrey F. G. Bell (Oxford: Clarendon Press)

Es un análisis de la literatura de Castilla, «corazón de roble» de la Península, desde el poema de *Mío Cid* hasta Jorge Guillén y Dámaso Alonso. Estudia el teatro durante el Siglo de Oro y la poesía mística, en especial la de Fray Luis de León, a quien Mr. Bell ha dedicado ya otro volumen. Elogia la obra de Menéndez y Pelayo y su «equilibrio fundamental y gran tolerancia». El autor quiere demostrar que Castilla ha producido lo mejor de la literatura española.

THREE ROMAN POETS, PLAUTUS, CATULLUS, OVID, por A. F. Wright (Routledge)

Hay un nexo entre estos tres poetas, que eran hombres de mundo y escribieron para deleitar. El autor hace bellas descripciones del lugar natal de cada uno y estudia la obra de estos poetas latinos.

NOVELAS

THE CHARMED LIFE, por J. B. Yeats (Routledge)

Es un viaje fantástico de dos amigos por la costa sur de Irlanda. Como todos los escritores irlandeses, Yeats mezcla lo sobrenatural con la prosa cotidiana. Resulta a veces algo confuso, pero hay trozos de belleza poética y de gracia.

CARDBOARD CASTLE, por P.^a C.^a Wren (John Murray)

Una historia bien contada y llena de emoción, con episodios románticos, en el estilo de *Beau Geste*, que tanta fama dió a su autor.

ACTION AT AQUILA, por Bervey Allen (Gollanca)

Es la primera novela que publica el autor desde el éxito obtenido hace cuatro años con *Anthony Adverse*, que lleva vendidos más de un millón de ejemplares. La acción se desarrolla durante la guerra civil de los Estados Unidos y seguimos al coronel Franklin, bri-

llante oficial del ejército del Norte, en sus aventuras guerreras y amorosas, que culmina en la batalla de Aquila.

THE FLIVVER KING, por Upton Sinclair (Warner Laurie)

Se trata de una biografía novelada de Henry Ford, el magnate del automóvil. Esta se desarrolla paralelamente a la de un obrero, Abner Smith, que ayudaba al fabricante e inventor en Detroit, cuando empezó a concebir su «coche sin caballos». Es, en cierto modo, una defensa del «fordismo» estudiando los dos aspectos de la cuestión, desde el punto de vista del patrono y del empleado.

TEATRO

MOURNING BECOMES ELECTRA, por Eugene O'Neill (Nobel Price Edition)

En la última obra del renombrado dramaturgo americano, intenta trasponer el concepto griego del destino al ambiente del siglo XX en los Estados Unidos. El estudio de los caracteres es certero, y se suceden los incidentes dramáticos en esta pieza de teatro de dimensión extensísima, que la crítica ha acogido como la obra dramática más interesante que se ha producido en América.

VIAJES

LAST FLIGHT, por Amelia Earhart (Harrap)

Este diario de viaje tiene una emoción excepcional. Escrito durante el último *raid* de la valiente aviadora, enviaba las entregas a su marido, el conocido editor Putnam. Amelia Earhart salió acompañada de Fred Noonan dispuesta a dar la vuelta al mundo. Recorrió veintidós mil millas, atravesando el Atlántico Sur, África, India y Malaya. Le faltaban siete mil millas hasta llegar a las islas Howland, situadas en pleno Pacífico. Quedó sepultada en el Océano sin que se encontrara rastro del *Electra*. Las cuartillas del diario fueron la última señal de vida de Amelia Earhart.

LETRAS FRANCESAS

BIOGRAFÍAS

CHARLOTTE L'EMPERATRICE FANTOME, por Robert Goffin (Les Ed. de France)

Es la tragedia de Carlota, hija de Leopoldo II de Bélgica, y de Maximiliano, hermano de Francisco José. Las potencias europeas los embarcan en la aventura mejicana, para abandonarles después a su triste destino. Ejecutado el emperador en Querataro, la emperatriz, perdida la razón, va implorando ayuda a las Cortes, indiferentes a su dolor. Contado con fantasía y agilidad, este libro contiene buenas descripciones de las costumbres mejicanas.

MOZART, por Annette Kolb (Albin Michel)

Traducida del alemán, esta biografía del gran músico, escrita por una austriaca, encierra todo el encanto y la comprensión del personaje, más un estudio acertado de su obra.

MES CAHIERS (XI), por Maurice Barrés (Pion)

Acaba de publicarse otro cuaderno de las memorias de Barrés. Revelan al autor, con sus dudas, angustias y el drama íntimo de su alma. Comienza este cuaderno en junio de 1914, mientras viajaba Barrés por Siria y el Líbano. Hay en él una gran honradez intelectual y un profundo patriotismo. Dedicar unas bellas páginas a su enemigo político Jaurés.

FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

DIEU OU RIEN?, por A. D. Sertillanges, O. F. (Flammarion), 2 vol.

Una parte del mundo moderno ha perdido a Dios. En cambio otro grupo, consciente de los errores del pasado, está volviendo a encontrarlo. Este volumen trata de demostrar a los incrédulos la equivocación en que viven y que sin Dios nada es posible. El autor estudia lo que concibe ser la Divinidad y trata temas tan profundos como son: Dios y el mundo; Dios y el pensamiento; Dios y la moralidad; Dios y el orden social; Dios y la civilización; el caso del ateo, etc., etc.

LES MYSTERES: L'ORPHISME, por el Padre M. J. Lagrange (Librairie Lecoq)

El Padre Lagrange estudia aquella curiosa ola mística, en la que se cuenta el orfismo, que se extendió por Grecia en el siglo VII antes de Jesucristo.

HISTORIA

LETRES DE LOUIS XV A L'INFANT FERDINAND DE PARME, Sixte de Bourbon Parme (Collection Histoire et Documents)

Estas cartas de Luis XV a su nieto, encierran un gran interés político y diplomático.

NOUVELLE HISTOIRE D'ESPAGNE, por Maurice Legendre (Hachette)

Antiguo director de la «Casa de Velázquez» en Madrid, el autor demuestra su amor a España en este resumen de su historia. Empieza afirmando: *L'Espagne est de toutes les nations du monde celle dont le développement a eu le plus de continuité*. Acaba con un resumen de la guerra, y predice la victoria indudable de las armas Nacionales.

UNE AMERICAINE A LA COUR DE NAPOLEON III, por Y-H. Lauriere (Gallman-Lévy)

Madame Laurie nos da el diario de una muchacha americana, Killie Moulton, que llega a París en 1863. Dotada de una voz maravillosa, su talento le abre las puertas de los salones más encopetados e incluso los del palacio imperial. Es un documento fidedigno del Segundo Imperio, que retrata la que llamaron sus contemporáneos la *Diva des Tuileries*, con franqueza y hasta con cinismo, en más de una ocasión.

NOVELAS

LES IMAGINAIRES, por Claude Farrere (Flammarion)

Son las aventuras por el mundo de un matemático visionario. Hay descripciones de una humanidad profunda en el drama de este tipo creador y casi de leyenda.

CEUX DE LA SOIF, por Georges Simenon (Gallibard)

Novela de aventuras en la que el autor se ha inspirado de las que acontecieron a la misteriosa baronesa de Wagner en las islas Galápagos.

C. M. R. T.

Marzo, 1938.

Nota

En esta sección daremos noticia de todas aquellas publicaciones enviadas a «Noticia Bibliográfica» de nuestra Redacción.



CONCHITA.—Es discreta y poco comunicativa. De naturaleza sensible, dulce y melancólica. Manera de ser amable y tranquila. Imaginación soñadora. Inteligencia que sabe razonar, que tiene más razonamiento que intuición. Poca energía, descorazonándose fácilmente. Un poco de terquedad. Buena y generosa.

ROCÍO.—Es dueña de sus sentimientos, vigilándose siempre para no dejarse llevar de su naturaleza impetuosa. Exuberancia en las cosas positivas, buscando siempre la realidad de ellas. Un poco de «pose». Carácter independiente y tenaz. Confianza en ella misma. Inteligencia clara, sabiendo coordinar sus ideas.

MERCEDES.—Es franca, sensible, un poco idealista, espíritu inquieto, falta de confianza en ella misma, tímida y con poca voluntad. Reservada, pero necesitando expansionarse, a pesar de ser poco comunicativa. Se deja influenciar fácilmente. Actividad física, necesita movimiento. Gran igualdad de carácter. Armonía general de todas sus facultades. Ordenada. Susceptible. Dulce, buena y generosa. Lucha continuamente contra ella misma para adquirir la voluntad y energía que sabe le faltan.

FUENCISLA.—Gran movilidad de impresión. Espíritu flexible que lucha siempre con energía para conseguir sus objetivos a pesar de descorazonarse fácilmente al principio, pero sabe dominarse y reaccionar; posee, por lo tanto, gran dominio sobre ella misma. Espíritu de contradicción. Ideas tristes que viene de vez en cuando a entristecer un carácter generalmente alegre, varían su humor con facilidad. Activa. Poco comunicativa. Discreta y bondadosa.

ALICIA.—Gran energía y actividad. Sentimiento del deber perseverante. Algo obstinada. Prudente y ordenada. Dueña de sus sentimientos, la cabeza dirige al corazón. Muy inteligente y cultivada. Tiene imaginación y buena memoria. Mucha intuición. Gustos artísticos. Sencilla, nada egoísta, buena y generosa. Muy franca.

CARLOTA.—Se descorazona al principio, pero después de razonar, reacciona y vuelve a tener energía para terminar con facilidad lo que se propone. Sabe dominarse perfectamente, luchando muchas veces para parecer lo que en realidad no es. Cerebro bien equilibrado, a la vez intuitivo y deductivo, ponderado y metódico. Espíritu cultivado. Confianza en ella misma. Activa. Gustos artísticos. Un poco de «pose» y algo de orgullo. Impaciente y a veces irreflexiva. Comunicativa a ratos.



Soy guapa; estoy encantada de la vida. Sin embargo, hay una cosa que me atormenta: creo que mi novio está enamorado de mí por mi físico, y como es sumamente inteligente y muy culto, yo me pregunto: «¿Se cansará de mí, una vez casado?» Me siento ante él tonta e ignorante; me dedico a la lectura con el Diccionario en la mano, pero me encuentro torpe y sin memoria. Por favor, aconsejeme; no me importa consagrar mis días al estudio.

NOVIA INQUIETA

¿Por qué atormentarse tanto? Hay un hombre que te quiere y te quiere por tu belleza. Mientras le dure este amor, ninguna falta será visible a sus ojos, pero el día que deje de amarte, el más pequeño de tus defectos se transformará en una inmensidad para él, a menos que este hombre no sea solamente un enamorado de tus cualidades físicas, sino también de las morales, que es lo que debes procurar, y entonces te seguirá queriendo siempre, pues el amor que te tuvo, se transformará en cariño. Trabaja, estudia, pero siempre interesándote por lo que a él le gusta. Hay que cultivar el arte de saber escuchar y escuchando, saber aprobar, y formar para el hombre que habla un auditorio que aplaude. Entre una mujer inteligente que hable mucho y otra que sin serlo tanto sepa escuchar, el hombre preferirá siempre a la segunda. Si además de esto eres buena, apasionada y llena de ternura, no tienes necesidad de Diccionario.

Me encuentro desesperada sin encontrar solución a un problema que me absorbe casi todo el día. ¿Qué haré yo para quitarme el bigote, hacer que desaparezcan los puntos negros, que tan fea hacen mi nariz y no tener granos? No tardéis en contestarme, pues mi desesperación aumenta por minutos.

UNA DESESPERADA

Si el vello no es muy exagerado, puedes humedecerlo con agua oxigenada, al principio diluida, aumentando luego hasta 100 volúmenes. Eso lo decolorará hasta hacerlo imperceptible. Si realmente el vello es muy poblado, la cera produce resultados admirables. Pon a calentar 90 gramos de resina y 15 de cera virgen hasta que se liquide completamente; dejarlo enfriar y cuando está a una temperatura tolerable para la piel, se extiende sobre la parte que quieres depilar. En cuanto se endurezca, arráncalo rápidamente y la piel quedará lisa, suave y sin rastro de vello.

Para los puntos negros: lavado de la nariz con un buen jabón; lociones de agua muy caliente, para abrir los poros; con una pequeña espátula o una toalla, apretando suavemente, expulsas los puntos negros. Después, para cerrar los poros, date lociones de un astringente, limón o alcohol alcanforado. Esto último puedes hacerlo todas las noches, pues evitará el exceso de grasa, que es lo que produce los referidos puntos.

Para los granos, debes indicar si tu piel es grasa o seca. A veces provienen de causas internas y conviene consultar al médico. En líneas generales: un régimen a base de verduras y frutas, sin picantes, alcohol, ni excitantes, da buenos resultados.

Hace tiempo que «mi duda» buscaba solución. Tengo treinta y cinco años y estoy soltera. Creo que debo hacerme ya a la idea de serlo toda la vida, o ¿es posible que aún pueda casarme? Para mi tranquilidad de espíritu, me gustaría estar decidida sobre el asunto.

Ante todo necesito más datos sobre sus aptitudes y aficiones. En principio, una mujer a los treinta y cinco años se encuentra en las mejores condiciones para entender y conseguir a un hombre. Le aconsejo procure entablar amistades con hombres de cuarenta a cincuenta años, y si en el peor de los casos no se le arregla un matrimonio, siempre tendrá usted el apoyo de una o varias amistades sinceras e interesantes.

Si por el contrario, no le atrae el matrimonio, no olvide que existen una porción de actividades sumamente interesantes para la mujer, y que llenarán su vida de forma altamente satisfactoria.

¿Cuál es la mejor manera de lavar las medias de seda? Por estar en un hotel tengo dificultad de planchar a menudo mis trajes. ¿Existe algún medio de desarrugarlos?

UNA REFUGIADA

Antes de estrenar sus medias de seda conviene las meta en agua fría algunas horas; eso prolongará su duración. También puede frotar la punta y el talón con un trozo de cera o parafina para reforzar el tejido. Debe lavarlas con un buen jabón, neutro o en polvo y no las ponga nunca a secar colgándolas por la punta, sino colocándolas planas encima de una toalla. De este modo conservarán más tiempo su elasticidad.

Para estirar su vestido, cuélguelo en el cuarto de baño. Cierre todas las puertas y suelte el grifo del agua caliente. Déjelo expuesto al vapor una o dos horas.

ABONOS MINERALES

Superfosfatos – Abonos compuestos
Nitrato de sosa – Sulfato de amoníaco

Dirigir los pedidos a

UNIÓN ESPAÑOLA DE EXPLOSIVOS

Orueta, 6

BILBAO

Casa EL ANDORRANO

Fundada en 1860

Ropa blanca – camisería – lencería – géneros de punto – encajes

Garibay, 11
Peñaflorida, 8

Teléfono 10 - 6 - 07

SAN SEBASTIAN

DISTRIBUIDORA ELÉCTRICA GUIPUZCOANA

SAN SEBASTIAN

PELUQUERIA MARGARITA

Ofrece sus servicios en Permanentes, Tintes y Ondulaciones al agua

San Bartolomé, 11

SAN SEBASTIÁN

